

LA MUERTE AFILA SUS DIENTES

ADA CORETTI

El cochero tuvo que aminorar la marcha de la diligencia porque la niebla se hacía más densa y tupida conforme se adentraban en el inhóspito condado de Mesley.

Lo hizo de mala gana. Recordaba perfectamente la historia de la bruja. Esa historia que, ciertamente, no desconocía nadie por aquellos alrededores.

Por lo tanto, lo razonable hubiera sido, no sólo no aminorar la marcha, sino fustigar los caballos hasta que aquel endemoniado terreno hubiera quedado atrás.

Pero la niebla, que se calaba hasta los huesos como un mal presagio, privaba de la visión a los pocos metros.

De todos modos, cada vez que pensaba en la bruja… Lo cierto es que, de padres a hijos, se habían transferido aquel horror, y que la historia había acabado por ser una verdadera obsesión para todos…



Ada Coretti

La Muerte afila sus dientes

Bolsilibros: Selección Terror - 99

ePub r1.0
xico_weno 13.09.15

Título original: *La Muerte afila sus dientes*
Ada Coretti, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El cochero tuvo que aminorar la marcha de la diligencia porque la niebla se hacía más densa y tupida conforme se adentraban en el inhóspito condado de Mesley.

Lo hizo de mala gana. Recordaba perfectamente la historia de la bruja. Esa historia que, ciertamente, no desconocía nadie por aquellos alrededores.

Por lo tanto, lo razonable hubiera sido, no sólo no aminorar la marcha, sino fustigar los caballos hasta que aquel endemoniado terreno hubiera quedado atrás.

Pero la niebla, que se calaba hasta los huesos como un mal presagio, privaba de la visión a los pocos metros. Había, pues, que atenerse a las circunstancias, a riesgo de ir a parar a cualquiera de aquellos insondables precipicios.

De todos modos, cada vez que pensaba en la bruja… Lo cierto es que, de padres a hijos, se habían transferido aquel horror, y que la historia había acabado por ser una verdadera obsesión para todos.

Sin embargo, el cochero sabía muy bien que de todo aquello habían transcurrido muchos años, muchísimos.

Sólo los más viejos vivieron realmente aquellos escalofriantes hechos.

En el interior de la diligencia iban tres personas. Las cuáles se percataron en seguida de que aminoraba la marcha de la diligencia. Pero, como es natural, no dieron al hecho la menor importancia.

De las tres personas aludidas, una era una jovencita muy guapa, rubia, de ojos claros, de delicada figura, que se llamaba Pamela Benn, y que se mostraba impaciente por llegar.

La otra, un joven de unos veinticinco años, apuesto, moreno, elegante, de gestos desenvueltos. Su nombre era Warren Dean, Viajaba sin prisas, porque era rico y lo hacía por placer.

El tercer personaje era mayor, pero su edad resultaba algo

indefinida. Su cuerpo pequeño, enjuto, se encogía dentro de un macferlán negro con el que se abrigaba más arriba del cuello.

Pero si tenía frío, no sólo era debido a la inclemencia del tiempo. Él mismo lo reconoció así, diciendo:

—Siento un frío endemoniado cada vez que paso por aquí. Se me cala hasta el alma.

—¿De veras…? —inquirió el joven.

—Sí —el hombre pequeño y enjuto se estremeció—. Claro, ya se comprende, es por lo de la bruja Raquel.

—¿La bruja Raquel…? —Esta vez fue la muchacha quien dejó oír su voz, de momento más sorprendida que asustada.

—Sí, sí… —asintió—. Supongo que no desconocen la terrorífica historia.

—No soy de aquí —dijo el joven.

—Yo tampoco —repuso la muchacha.

—¡Es una historia alucinante! —Exclamó el viajero—. Como un soplo de viento que llegara del infierno.

—No será tanto… —Y el joven Warren tenía deseos de que el hombre hablara a más y mejor, y evidentemente le instaba a hacerlo con su incredulidad.

—¡Oh, sí! —aseguró—. Es una historia verdaderamente alucinante. ¿Quieren que se la explique? Todavía nos falta bastante para llegar y podemos aprovechar el tiempo… Pero ante todo, permítanme presentarme… Me llamo Robert Landd.

—Le escucharé con sumo placer —sonrió Warren Dean, que miró a la muchacha esperando recibir su aprobación.

Pero Pamela Benn se había puesto algo nerviosa y no parecía compartir, ni mucho menos, la curiosidad del joven. Sin embargo, tampoco podía negarse a escuchar, así que se limitó a encogerse de hombros.

—Todo empezó —dijo el viajero— el día que, a la pequeña localidad de Mesley, llegaron los carromatos de un circo, de eso hará aproximadamente unos sesenta y tantos años. Los números del circo eran sencillos, ingenuos, vulgares, sin trascendencia ninguna. Sólo uno de ellos destacaba… La bruja Raquel, una muchacha de escultural y maravilloso cuerpo, de bellísimo rostro, pero de extraña y alucinante mirada, volaba sobre una escoba… El truco estaba bien hecho y el efecto resultaba magnífico…

Se detuvo durante unos instantes.

—Pero las mujeres de la localidad —prosiguió— empezaron a hablar mal de la bruja Raquel. ¿Por qué los hombres se sentían fascinados y atraídos por aquella mujer joven, de larguísima cabellera negra, de ojos que despedían llamas, y una por otra todas se sentían celosas? No, en tales acusaciones había algo más que meros celos de novia o esposa. Raquel hacía cosas muy raras, muy extrañas. Hipnotizaba a los animales, incluso conseguía hacer callar a los pájaros. Aparecía y desaparecía de un modo incomprensible. ¿Sería acaso una bruja de verdad…? Por lo demás, se aseguraba que no necesitaba ingerir alimento alguno, pues para el caso era como un fantasma que hubiera llegado del otro mundo.

* * *

En fin, el circo no tardó en irse. Siguió su vagabundeo por los inciertos caminos del mundo.

Pero lo malo fue que Raquel se quedó.

Todos creyeron saber el motivo. El joven conde Mesley, propietario del castillo situado sobre la colina, se había interesado por ella.

Uno más a caer en las redes de aquella desconcertante mujer.

Porque la lista era larga, interminable.

Lo cierto es que, desde el más humilde al más rico, todos requerían sus amores.

Pero el primero que consiguió interesar a Raquel, fue el carpintero Bill, un joven honrado y trabajador como podía haber pocos. A quien ella no tardaría en decir:

—Quiero compartir tu cariño, tu casa. Quiero serlo todo para ti.

Bill creyó emborracharse de felicidad, casi no se atrevía a creerlo. Se apresuró a aceptarla, aunque se creyó obligado a ofrecerle el matrimonio.

—Eso más adelante, si quieres —repuso ella, con tono escéptico —. No te preocupes por mí.

Se quedó en aquella casa.

Pero no todo resultaba perfecto, pues Raquel salía a menudo de aquellas cuatro paredes, y cuando volvía, a Bill le constaba que había estado con otros hombres.

Una noche empezó a recriminarla.

Sólo empezó…

Ella se le plantó delante, en actitud violenta, agresiva, casi fiera, y le dijo:

—Si no te parece bien, me largo ahora mismo. Pero no, no debes sentirte celoso —de pronto le había tendido dulcemente los brazos alrededor del cuello— a los demás los detesto… ¿Sabes? —Sus ojos verdes, rasgados, lanzaban verdaderas llamaradas— yo detesto a todos los hombres que me aman… A todos absolutamente… Bueno, a ti no… Tú eres el único que quedarás con vida…

—¿Qué estás diciendo? —Bill empezó a sudar.

—Digo, que uno a uno iré matándolos, exterminándolos. Sí, detesto, aborrezco, odio desesperadamente a los hombres que me aman… Ellos, los que decían amarme, han condenado a mis padres a galeras… No ha habido piedad para ellos, y ya nunca más volveré a verlos… Por eso, en venganza, he jurado matar una y otra vez… Primero les dejo enamorarse —Raquel empezó a reír de un modo diabólico— luego me muestro apasionada con ellos y finalmente, cuando ya no desconfían, los mato…

—¿Los matas? —Y Bill sudaba cada vez más.

—Si… Sí… —Ella seguía riéndose—. Pero aquí en Mesley, quiero hacerlo de una forma original, y por eso necesito de ti, de tus utensilios de trabajo…

—¿De mis utensilios de trabajo? —repitió—. No te comprendo… Todo esto es un puro desvarío… ¿Qué es lo que dices…?

Y Raquel especificó:

—Necesito la sierra…

* * *

—Supongo que no nos irá a decir —interrumpió el joven Warren Dean, tomándoselo a broma— que la denominada bruja Raquel se entretuvo a partir de entonces descuartizando con la sierra a sus amantes…

—Pues se lo digo —afirmó el viajero pequeño y enjuto del macferlán negro—, a partir de tal día, es lo que hizo, exactamente… Lo ha comprendido usted… Descuartizaba a sus amantes…

—¿En cuántos trozos? —preguntó, y desde luego se adivinaba, sin mucho trabajo, que de todo aquello no se estaba creyendo ni una sola palabra.

—En siete trozos —aclaró el que estaba narrando la historia—. Les cortaba los brazos, por los hombros… La cabeza, por el cuello… Las piernas, por las ingles… Y finalmente, les partía el cuerpo en dos, por la cintura…

—¡Por Dios —exclamó Pamela Benn— dejen de decir cosas horribles! ¡Parece como si les divirtiera hablar de semejante forma!

—Es algo real —especificó el viajero—. Algo auténtico, que sucedió…

—Y las víctimas —repuso Warren Dean—, ¿qué decían? ¿Les dejaban hacer a la bruja, prendados de ella hasta el último instante…?

—Su tono socarrón me heriría los oídos —dijo el hombre del macferlán negro— si no fuera porque me hago cargo de su incomprensión… ¡Es tan difícil aceptar los hechos cuando se es forastero! Yo también lo soy, y al principio tampoco me creía nada de eso… A través de la espesa niebla que reinaba tétricamente en el exterior, se había oído el ulular del viento. Un viento agresivo, arremolinado, violentísimo, que daba la sensación de llegar del otro mundo con los gemidos de quienes dejaron de vivir.

—Disculpe mi tono —dijo Warren Dean—. Le aseguro que no ha sido mi intención molestarle, Prosiga usted, se lo ruego.

—Si de verdad está interesado… —Y ahora parecía querer hacerse de rogar, como si su puntillo precisara de esta pequeña compensación.

—¡Oh, sí, muy interesado! —aseguró el joven. Io más formalmente que pudo.

Vio que la muchacha le dirigía una mirada de reconvención. Por lo visto el tema aquél no le seducía nada.

—Siendo así, prosigo —y el hombre se arrebujó mejor en su macferlán negro—. Verán… Sucedió que…

* * *

El joven conde Mesley fue una tarde al encuentro de Raquel, cuando ella salía de la modesta casa del carpintero Bill. Le dijo que era muy atractiva, muy deseable, y la invitó a ir a su castillo.

Era lo que Raquel había estado deseando con más ansia, pero no lo dio a entender. De momento se negó a aceptar su invitación. Se hizo la esquiva, la indiferente.

Quizá porque sabía que su indiferencia excitaba a los hombres, hasta hacerles cera moldeable en sus manos.

Desde luego, sus mañas dieron el resultado apetecido. El conde Mesley terminó prendándose de ella más allá de toda sensatez.

Entonces quiso casarse con ella.

—Serás una buena madre para mis hijos, ¿verdad?

Tenía dos hijos pequeños. Elisa, de ocho años, y Cari, de dos. Al nacer éste murió su esposa, una buena mujer a la que, empero, sólo le unieron lazos de conveniencia.

—¿Casarme contigo…? —Se asombró Raquel, o por lo menos se hizo la sorprendida—. ¡Si no pertenezco a tu mundo! Tú eres un noble, un aristócrata, y yo sólo una bruja…

—¡No digas disparates! —La censuró—. Las brujas no existen. No han existido nunca. Tú antes te ganabas la vida haciendo ver que volabas sobre una escoba…

—¿Haciéndolo ver? —Frunció el entrecejo—. No, no, volaba de verdad…

—Era un truco —dijo él—. Un buen truco, pero sólo eso… No tiene sentido que quieras hacerme creer otra cosa.

—La gente —dijo ella— cree cosas peores de mí, mil veces peores. ¿No has oído lo que dicen?

—No hago caso de las habladurías.

—Pero ¿has oído o no lo que dicen? —preguntó.

—Sí —dijo el conde.

—Aseguran —repuso ella, y lanzaba verdaderas llamaradas por sus hermosísimos ojos— que tengo muchos amantes y que éstos, antes o después, mueren descuartizados por los siniestros dientes de una sierra… Dientes recién afilados… Dicen que lo hago yo, porque soy un alma que Satanás ha enviado a la tierra.

—¡Están mal de la cabeza! —La defendió con calor—, ¡todos los que dicen eso están trastornados!

—Dicen que, cuando cometo mis crímenes, llevo siempre una capa de color rojo subido… ¡Del color de la sangre!

—¡Lo repito, están locos los que hablan así!

—Me gusta tu seguridad, tu confianza en mí… —Raquel le sonrió—. En cuanto a casarme contigo, es pronto para decidir. Antes quiero que me hagas pintar por el mejor pintor que conozcas. Me pintarán en tu castillo —puntualizó, sin dar lugar a otra

alternativa— y así mientras tanto conoceré y trataré a tus hijos…

El niño era demasiado pequeño para poder comprender qué clase de mujer era Raquel, e incluso Elisa, la niña, tenía demasiados pocos años para hacerse verdadero cargo de la situación. Pero la niña, no obstante, miraba a Raquel de un modo extraño, como asustada de la fuerza diabólica de aquellas pupilas ciertamente embrujadoras.

En el cuadro, Raquel quedó tal como era. Deslumbrante de hermosura y atractivo. Llevaba puesta una blusa blanca, con flores rojas bordadas alrededor de su amplio, descarado y turbador escote. La cabellera negra, larguísima, era como un manto de noche oscura, oscurísima. Los ojos verdes, rasgados, aparecían como esmeraldas hechas de ascuas de fuego.

Días después…

Exactamente no se supo ni cómo ni de qué forma sucedió.

Lo único cierto es que la servidumbre del castillo se hallaba ausente. Sólo permanecían allí, pues, los hijos del conde, éste y Raquel.

De súbito, empezaron a oírse los gritos del conde Mesley. Unos gritos que tenían mucho de alaridos.

Alaridos desgarradores, desesperados.

Alaridos aterradores.

Alaridos espeluznantes…

Pero, en realidad, sólo hubo un testigo de todo aquello.

Y fue Elisa, la hija del conde. Y ésta aseguró que había visto a su padre atado a los pies de su cama, a los barrotes dorados de su regio lecho, con los brazos en forma de cruz y con las piernas abiertas, separadas. Fuertemente atado con cuerdas, por los tobillos y las muñecas.

Y había visto cómo la muchacha de la cabellera negra, cogía una sierra y empezaba su desquiciada y pavorosa tarea sin que se alterara un solo músculo de su rostro. Sin que le impresionara lo más mínimo aquellas venas y arterias cortadas, amputadas, por el que el fluir de la sangre era constante…

La niña no pudo decir nada más, porque el impacto sufrido había sido demasiado fuerte, excesivamente dañino. Tras aquella crisis, había de demostrar que había perdido la razón.

El cuerpo descuartizado del joven conde, en efecto, fue

encontrado junto a los pies de su cama, entre un horrible y estremecedor charco de sangre.

Se buscó a Raquel. Pero había huido, con el cuadro. El cuadro se lo llevó, sin duda, como recuerdo de su último sangriento romance.

Todos en la localidad buscaban afanosamente a Raquel. En el caso de las otras muertes, siempre había encontrado testigos de haber estado, a la hora del crimen, en otro lugar. Esto la salvaba. Pero en esta ocasión ni esto iba ya a salvarla. Todos se hallaban ya convencidos de su culpabilidad. Incluso Bill había hablado, había gritado a los cuatro vientos que era preciso apresarla y quemarla en una hoguera, como se hacía años atrás con las verdaderas y auténticas brujas.

Pero nadie encontraba a Raquel. Ni a Raquel ni al hermoso cuadro. Como si uno y otro hubieran desaparecido para siempre de la superficie del globo terráqueo.

Sólo unos meses después, un cazador aseguró haber visto a la muchacha en el bosque.

—¡Sí, era ella! ¡Estoy seguro! Se hallaba junto al río, tarareaba una canción…

Siguieron buscándola, pero infructuosamente. Desde luego, intentaron dar con ella incluso en los lugares más absurdos.

Sin embargo, en un lugar no buscaban, en la vieja posada construida en las afueras de la localidad, al pie de la carretera. Era una edificación abandonada, a la que nadie solía acercarse nunca.

—¿Y si mirásemos allí…? —Se le ocurrió proponer a alguien—. Quién sabe… Para cobijarse no es mal sitio…

Se agruparon los hombres de la localidad y se dirigieron hacia allí. Incluso iban algunas mujeres.

Bastante antes de llegar a tal lugar, vieron a Raquel asomarse a una de las ventanas. Se reía.

—¡Sí, estoy aquí! —Se puso a gritarles—. ¡He estado aquí desde que maté a vuestro conde, que el infierno se trague hasta su más profundo y tenebroso abismo!

¡Y aquí he escondido el cuadro…! —Crecían y crecían sus risas, como un desafío al pueblo entero—. ¡Pero no encontraréis el cuadro, ni a mí tampoco! ¡Cuando lleguéis aquí, todo será silencio, abandono…!

Efectivamente, llegando hasta allí no adelantaron nada. Como si

la aparición de Raquel en una de las ventanas no hubiera sido más que una alucinación.

Pero unos meses después, el cazador volvió a verla y en esta ocasión se lanzó sobre ella, la sujetó y se puso a gritar a grandes voces:

—¡Ya la tengo! ¡Venid a ayudarme…! —Se desgañitaba al hablar —. ¡Que no se escape la muy endemoniada!

Llegaron en su ayuda. Y llevaron a Raquel, entre todos, medio arrastrándola, hasta la Plaza Mayor de la localidad.

Y les faltó tiempo para amontonar leña alrededor de un poste. Donde con anterioridad la habían atado a ella.

Luego prendieron fuego a las ramas.

Sin apelativos. Sin esperar a juicio ninguno, ya que los bastaba y sobraba con la unánime conformidad de todos ellos. Incluso de Bill, no cabe dudarlo, ya que veía aquel desenlace como lo mejor que podía suceder.

—¡Esto no acabará aquí! —Se puso a gritar la bruja Raquel, cuando ya las llamas prendían el borde de su vestido—. ¡Alguien me vengará! He tenido una hija, ¿no lo sabéis? Pues ella, mi hija, me vengará de todos vosotros ¡Y si no es mi hija, será mi nieta…! ¡O mi biznieta! ¡Será tan hermosa como yo y como yo se hará amar…! ¡Y matará a cuantos la amen! ¡Y seré vengada! ¡Malditos seáis todos por toda la eternidad!

Las llamas crecían.

Habían llegado a sus cabellos, incendiándolos, convirtiéndolos en una pira dantesca.

Su cuerpo se retorcía de dolor.

Se olía ya a carne quemada. Carne humana.

Pero ella no gritaba, no lanzaba ayes, sólo maldecía entre dientes una y otra vez a todos los que la rodeaban.

Instantes después, perdió el sentido…

Pero su cuerpo siguió ardiendo más y más, hasta quedar enteramente quemada toda su piel, toda su carne, viéndose ya su esqueleto.

Un esqueleto que terminó por descoyuntarse, por desmoronarse, por deshacerse, convirtiéndose en un montón de huesos que aún continuaron ardiendo, y ardiendo, y ardiendo… hasta quedar hechos puras cenizas.

* * *

—Supongo —dijo Warren Dean— que ésta es toda la historia.

—Sí, toda —asintió el hombre del macferlán negro—. ¿Le ha parecido poca cosa?

—A mí al menos —intercaló la muchacha— me ha parecido más de la cuenta. No ha sido un modo muy acertado de hacer grato el camino, al menos convengan conmigo en ello. He acabado con los pelos de punta.

—¡Pero si este relato es pura imaginación de estas gentes de por aquí! —aseguró Warren Dean. Se había dado cuenta de que la muchacha estaba muy impresionada—. Claro que sí… No lo dude. ¿No se ha fijado?

Hasta los diálogos de unos y otros han sido adecuadamente intercalados, para hacer más afectiva y eficaz la emoción a experimentar. ¡Vaya a saber cómo sucedió todo! ¡Vaya a saberlo! ¡Hace ya tanto de eso!

—A pesar del tiempo transcurrido —aclaró el viajero—, todos por aquí temen mucho a la maldición de la bruja Raquel… Están convencidos de que su venganza llegará… Si no es la hija, se vengará la nieta, o la biznieta. Pero están seguros de que, como algo fatal e inevitable, la venganza llegará…

CAPÍTULO II

La diligencia se detuvo.

Dejaron de oírse los cascos de los caballos.

—¡Eh…! —Gritaba el cochero, estirando de las bridas.

Aún no habían llegado a Mesley, pero la primera parada era allí, en la posada El relámpago.

—Es la misma posada —les hizo saber el hombre del macferlán negro— donde hace años se refugió la bruja Raquel…

—Bueno, no hablemos ya más de eso —dijo Warren Dean.

Miró a la muchacha. Y le sonrió, queriendo infundirla confianza, valor, seguridad en sí misma. Pues era allí donde iba a apearse.

Ellos dos seguirían adelante. Sólo iban a cruzar el condado de Mesley. Pero la muchacha se quedaba allí. Ya había abierto la portezuela, disponiéndose a salir.

—Sí, yo me quedo aquí —les dijo, con una forzada sonrisa—. Necesitan una camarera. Me han dicho que van a pagarme bien. Bueno, adiós. Que tengan buen viaje.

Se apeó, lanzando una mirada a su alrededor. Una mirada que le hizo estremecerse una y otra vez.

El panorama no podía ser menos acogedor.

La niebla seguía siendo muy espesa, y se perdían entre jirones los contornos de la vieja posada. Los árboles de los alrededores mostraban desoladamente desnudas sus ramas. El viento ululaba entre ellas.

Sólo la luz que se escapaba a través de los cristales de las ventanas, daba una nota alentadora al ambiente.

Por eso se decidió a entrar allí. Cuanto antes, pues fuera lo único que podía pillar era una pulmonía.

Pero no resistió la tentación de girarse y mirar hacia el interior de la diligencia, donde vio el rostro agradable de aquel joven que por lo visto no creía en cuentos de miedo.

Ella sí creía en esas cosas. Por lo menos cuando se las contaban del modo que lo había hecho el hombre pequeño y enjuto del macferlán negro.

Pero lo que desalentó enormemente a Pamela Benn, fue darse cuenta de que en el interior de la posada todo compaginaba con el exterior. Allí no había nada agradable. Ni siquiera sus propietarios.

El posadero, el señor Pronsson, tendría unos cuarenta y cinco años, y era alto, rudo, con una voz que atronaba y que parecía querer tener asustados a todos. Iba mal vestido y peor afeitado.

La posadera, la señora Pronsson, tendría más o menos su misma edad. Era de escasa estatura, huesuda, con un rostro donde campeaban a placer las arrugas. Su expresión no podía ser más avinagrada.

La hija del matrimonio, Silvia, se parecía a su madre. Con los años sería posiblemente una copia exacta de ella.

Pamela Benn creyó que era ésa toda la familia. Pero no, faltaba alguien, la hija pequeña.

Quien, al dejarse ver, causó asombro en la muchacha.

Realmente no era para menos, pues la hija menor de los posaderos tendría como máximo veinte años y era de una belleza extraordinaria, impresionante, inusitada.

Tenía un escultural y maravilloso cuerpo, y un bellísimo rostro. El cabello era oscuro, oscurísimo, y lo llevaba muy largo, caído sobre los hombros y la espalda como un manto de negro terciopelo. Sus ojos eran verdes, rasgados, magníficos, pero con una mirada, eso sí, extraña, alucinante. Una mirada que parecía lanzar fuego.

«Se parece a la bruja Raquel —pensó Pamela Benn—. ¡Oh, qué tonterías se me ocurren! Por lo visto aún estoy impresionada».

Se esforzó por dejar de estarlo y por ponerse en su sitio, donde le exigían las circunstancias. Se presentó.

—¡Ah!, ¿conque es usted la nueva camarera…? —El señor Pronsson la miró de arriba abajo—. No me la imaginaba así… Creía que sería menos joven y por descontado menos bonita… Pero por mí, vale de este modo. Claro que sí. Más contentos estarán mis clientes —y sin más—. Referente al sueldo y las condiciones está ya de acuerdo, ¿no es eso?

Pamela Benn asintió, pero se hizo repetir las tales condiciones, para que no pudiera surgir algún malentendido. Bien mirado, todo

aquello resultaba muy poco acogedor y si se quedaba era para cobrar más de lo que había cobrado hasta entonces.

Desde luego, se pusieron perfectamente de acuerdo. A este respecto no hubo nada que decir.

Sí la hubo, sin embargo, cuando la señora Pronsson, la posadera, le enseñó lo que a partir de aquella noche iba a ser su habitación. Era un verdadero cuchitril.

—Me esperaba algo más decoroso… —se atrevió a opinar la muchacha.

—Los mejores dormitorios son para los clientes. El negocio es lo primero, lo que nunca debe desatenderse.

Su tono había sido mecánico, maquinal, dando la impresión de que, pese a sus palabras, los clientes le importaban bien poco, tan poco que evidentemente no le importaban nada. Más aún, parecía como si ella aborreciera encubiertamente aquella posada, aquel negocio, y cuanto pudiera relacionarse con aquellos alrededores.

—Sí, claro, me hago cargo —asintió Pamela, pero no muy convencida.

La posadera volvió a hablar.

—Bueno, supongo que no debes haber cenado. Saca tus cosas de la maleta y baja, te daré un vaso de leche y un trozo de tarta, u otra cosa, si así lo prefieres.

—Gracias.

La posadera se retiró, cerrando tras sí la puerta. No había sonreído una sola vez.

La muchacha volvió a echar una ojeada a la pequeña habitación. Poco a gusto iba a sentirse allí. Ni siquiera la cama parecía cómoda. El colchón debía ser de borra.

Se encogió de hombros, con gesto resignado. Iba a aquel lugar a ganar dinero y todo lo demás debía tenerle sin cuidado. Se había propuesto no pensar en ella misma, sino en su madre, que necesitaba muchos cuidados para recuperar la salud.

Se agachó y cogió la maleta, colocándola sobre la cama.

La abrió. Miró con un poco de nostalgia el par de vestidos que había en el fondo. No eran una maravilla, pero sí bastante bonitos, muy favorecedores. Sobre todo si los comparaba con el uniforme negro y el delantal blanco, con una lazada en la parte de atrás, que tendría que llevar mientras prestara sus servicios como camarera en

aquella posada.

En fin, le daba lo mismo estar más o menos bonita. No se había enamorado de hombre ninguno y posiblemente tardaría mucho en enamorarse. Hasta aquel momento sólo había encontrado seres egoístas en el camino de su vida.

Volvió en sí. Habían sonado unos discretos golpes en la puerta.

Abrió.

Allí estaba la hija mayor de la casa. Ésta sí sonreía, aunque de un modo forzado, violento.

—Acaban de llegar nuevos clientes —le notificó—. Van a quedarse a cenar y a dormir. No los esperábamos, así que hay mucho trabajo. Dice mi padre que te pongas el uniforme y que bajes ahora mismo —y le hizo saber—. El uniforme lo tienes en el armario empotrado en la pared. Creo que te sentará bien. La última camarera que tuvimos tenía una figura parecida a la tuya.

—Ahora mismo voy —repuso Pamela, sabiendo que en el acatar órdenes estribaba una de sus primeras obligaciones.

—Estarás cansada —dijo Silvia, y pareció querer ampliar su sonrisa o por lo menos la cordialidad de la misma—, después de tantos kilómetros en diligencia… Pero mi padre es así, a su lado hay que trabajar de firme, sin descanso… Nos aprieta a todos hasta hacernos la vida imposible… Lo lamento por ti… Yo hubiera preferido dejarte descansar hasta mañana… Pero yo no mando aquí…

—No te preocupes —Pamela se sintió animada ante la buena voluntad que le dispensaba la hija mayor. Algo que, por su aspecto, no hubiera esperado nunca—. Estoy acostumbrada a trabajar.

—Mejor así —y agregó—. Yo me llamo Silvia, para que lo sepas.

Unos minutos después, Pamela Benn descendía la tosca escalera, dejando atrás aquel pasillo y sus seis puertas. Las que correspondían indudablemente a las mejores habitaciones de la posada.

Ya abajo, la muchacha se dirigió rectamente hacia el lugar en que se hallaba el posadero. Sin embargo, en esta ocasión fue la posadera quien se puso a darle órdenes. Con una firmeza que daba la sensación de no ser suya, que más bien parecía adoptada por estar delante su marido.

—De acuerdo… De acuerdo… —Asentía Pamela—. Lo que usted diga… Lo que usted mande…

En aquel momento le vio a través de la puerta que daba entrada al amplio y destartalado comedor.

Sí, allí estaba el joven que había viajado con ella en la diligencia. Ocupaba una mesa. Se hallaba solo. Debía estar esperando que le sirvieran la cena.

Era éste, por lo visto, uno de los clientes que no esperaban.

* * *

No le atendió personalmente, aunque le hubiera gustado hacerlo. Del elegante joven se encargó en todo momento la hija menor de la casa.

Cuya deslumbrante hermosura dejó atónito a Warren Dean, pues en buena lógica no podía ser de otra manera.

Desde luego, del impacto que acusó Warren, la hija de los posaderos fue consciente, lo que hizo que sus bellísimos ojos brillasen más que nunca. Si bien, qué duda cabe, debía estar acostumbrada a la fervorosa admiración de los hombres. Aquello no le venía de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Warren, en una ocasión que debió considerar propicia.

Pamela oyó la pregunta porque estaba atendiendo una mesa cercana a aquélla.

También oyó la respuesta.

—Raquel.

—¿Cómo…? —Warren se había quedado un poco envarado—. ¿Cómo has dicho…?

—Raquel —sonrió ella—, ¿qué le pasa? ¿No le gusta mi nombre?

—Sí, sí… —se apresuró a disculparse—, claro que sí. Mucho.

Pamela se había quedado estremecida. Raquel… Raquel… ¡Dios de los cielos! Lo que faltaba para no estar a gusto allí… Pero, vamos, de nuevo estaba pensando tonterías, dejando volar la imaginación. No se trataba más que de una mera coincidencia. ¿De qué otra cosa podía tratarse…? Debía ser sensata. Era ya bastante mayorcita.

Mientras tanto, Warren Dean reparaba en el hombre joven que estaba situado tres mesas más allá de la suya. No hubiera sabido decir por qué detenía particularmente su atención en él. Era un

hombre que no tenía nada de especial, era corriente como cualquier otro.

Sin embargo, había una expresión desolada cada vez que seguía con la mirada el andar ondulante y provocativo de Raquel, que iba y venía atendiendo a sus quehaceres. Sí, su mirada vacía, muerta, debió ser lo que llamó la atención de Warren.

Ese cliente iba a ser uno de los últimos en marcharse.

—No me dan ganas de salir de aquí —le dijo a la posadera—. ¡Hace una noche tan desapacible! ¡Maldita niebla!

—Usted vive cerca, en las primeras casas de la localidad… Llegará en menos de cinco minutos…

—Sí, claro —afirmó—, llegaré pronto. Si alguien no me detiene…

—¿Quién va a detenerle en una noche tan de perros? —preguntó la señora Pronsson.

—No sé —hizo un gesto vago—. No sé… En este mundo ya nadie me quiere bien. Siendo así, nunca se sabe a lo que puede llegar la fatalidad de uno.

—Está hoy muy trágico. ¡Ande, tómese un par de tragos más de vino! Se le entonará, no sólo el cuerpo, sino también el espíritu. Le está haciendo falta.

Finalmente, el hombre se decidid a salir.

Pero lo hizo, exactamente, en el momento en que Raquel Io había hecho a su vez.

¿A qué había salido ella?

Warren Dean les vio hablando entre la oscuridad de la noche, entre la densa niebla. Pero no pudo oír ninguna de sus palabras.

Sólo acertó a darse cuenta de que ella le esquivaba, le desdeñaba. Incluso se burlaba y se reía de él.

CAPÍTULO III

Antes de dormirse, Warren Dean se preguntó una docena de veces qué demonios estaba haciendo allí.

No era lo que llevaba pensado.

En absoluto.

Pero no se arrepentía de haber cambiado el rumbo de sus planes, quizá porque siempre había sido un hombre que creía en la corazonada. Y él acababa de tener una, relacionada con la muchacha que había viajado con él en la diligencia.

Aunque más que corazonada, aquello podía explicarse de otra manera. La muchacha le había parecido demasiado encantadora para ir a parar: a un lugar como aquél. Valía la pena, pues, que de momento alguien se tomara la molestia de no dejarla sola a su suerte.

Pero, bueno, en realidad era absurdo lo que había hecho. Absurdo de los pies a la cabeza. No tenía el menor sentido.

De todos modos, lo ilógico de su propio proceder le había dado la sensación de convertirse en algo razonable, cuando, ya dentro de la posada, vio de cerca el ambiente que iba a rodear a la muchacha.

Era un ambiente espeso, cerrado, casi asfixiante, al que daba un tono extraño e inquietante la presencia de la hija menor de los posaderos, Raquel, que parecía la auténtica encarnación de aquella otra Raquel, la bruja.

No obstante, ¿debía reconocer que esta Raquel actual le había fascinado con su hermosura? ¡No tanto, por Dios! A él le gustaban las mujeres con los encantos menos agresivos.

Pero le había impresionado conocerla, eso sí. No podía negarlo. No sería justo.

En que estaba metido en aquella habitación de poca monta y que él solo se lo había buscado todo. No había por qué darle más vueltas a la cuestión.

Pero, en definitiva, aquella noche durmió bien, Perfectamente.

A pesar de la cama y del cuarto.

No obstante, apenas se levantó al día siguiente, las cosas empezaron a rodar mal. Por lo menos empezaron a complicarse. O quizá, simplemente, a intrigarle…

Había cerrado la puerta de su habitación y había salido al pasillo, y fue entonces, ya sin más, cuando oyó la voz de Silvia:

—¡En mala hora la recogimos! ¡Es demasiado guapa y todos los hombres se fijan en ella, no en mí!

La voz, irritada, nerviosa, había salido de una de las habitaciones del pasillo. De una de aquellas seis habitaciones, la cual estaba aseando y limpiando en aquel momento la hija mayor de los posaderos.

Warren Dean la vio a través de la puerta un tanto entreabierta.

La señora Pronsson estaba con ella, ayudándole en la tarea.

—Cálmate, te lo ruego —apenas elevó la voz. Por lo visto temía ser oída—. Para eso que dices ya es tarde… Además, sabes que a tu padre no le gusta que te lamentes en ese sentido, ni en ninguno.

—Claro, mi padre sólo quiere que trabajemos hasta reventar. ¡A él sólo le importa el negocio!

—No vas a ganar nada poniéndote nerviosa. Deja a Raquel con sus coqueteos. Al fin y al cabo, nadie se ha decidido aún a pedirla en matrimonio… Todos parecen decididos a desposarse con ella, pero luego, de pronto, sin saberse por qué, cambian de idea y no vuelven a aparecer por aquí… ¿No es eso? ¿De qué, pues, tienes envidia?

—Si se marchan —respondió Silvia a su madre— es porque ella debe echarlos. De lo contrario, estoy segura de que seguirían tras Raquel como verdaderos perros falderos.

—No sé… No sé…

—¡En mala hora la recogimos! —Volvió a lamentarse Silvia.

—Encontramos el capazo cerca de la puerta de la posada —rememoró la mujer— con una bolsa que contenía algunas monedas de oro, junto a un papel en el que decía: «Se llama Raquel. No la dejéis morir». ¿Qué otra cosa podíamos hacer, a no ser lo que hicimos? Recogerla, cuidarla…

—Os la quedasteis como si fuera una nueva hija que Dios os hubiera enviado. Os excedisteis.

—Tú siembre has sido la primera, la verdadera hija. No irás ahora a reprocharnos nada, ¿verdad?

—No. Pero cada vez que me comparo con Raquel me veo tan fea… ¡Creo que he llegado a odiarla con todas mis fuerzas! ¡A ella y a todos los hombres que se muestran tan subyugados por su belleza!

—No digas tonterías, hija.

—No son tonterías, Y tú, mamá, si me quisieras más…, harías lo preciso para ayudarme, para que no quedara tan rezagada. ¡Es horrible sentirse siempre tan poca cosa!

—Yo te quiero mucho, hija. ¿Cómo no voy a quererte si eres mi propia hija? Pero no puedo hacer nada, compréndelo… Anda, acaba con la cama, hace ya demasiado que estamos aquí…

Warren Dean consideró que había oído ya suficiente. Por lo demás, no quería que le encontraran escuchando una conversación que no le incumbía. Siguió pasillo adelante, descendiendo la tosca escalera.

Apenas estuvo abajo, se le cruzó Pamela Benn, la muchacha de la diligencia, la nueva camarera de la posada. Iba ya ajetreada de buena mañana.

—Buenos días… —le saludó Warren.

—Buenos días —le respondió ella, pero no se detuvo.

Llevaba los cubiertos a las mesas.

Él la siguió.

—Qué, ¿le gusta esto más a la luz del día?

—No mucho… —confesó ella, tras echar una ojeada y ver que estaban solos, que nadie iba a oírla.

—A mí tampoco me gusta —reconoció Warren.

—Usted lo tiene fácil. Con irse en la próxima diligencia, lo que sin duda va a hacer…

—No, no voy a irme. He decidido quedarme unos cuantos días.

Dejaron de hablar. El señor Pronsson estaba profiriendo gritos, llamando a unos y a otros. No había que dar motivos para que se exasperara, lo que por lo visto le sucedía con harta frecuencia.

—Hasta otro momento —dijo Warren, y se alejó de la muchacha, yendo hacia la puerta de salida.

Antes de desayunar deseaba dar una vuelta por los alrededores.

La noche antes no había podido darse cuenta de nada. Se tuvo que conformar con ver jirones de niebla por todas partes. Ahora era

la ocasión de resarcirse, pues el día había amanecido nublado y frío, pero sin niebla por ningún lado.

Ya fuera de la vieja posada, cuyos adustos perfiles no daban pie a granjearse las simpatías de nadie, Warren miró a lo lejos.

Y a lo lejos estaba la localidad de Mesley, pequeña, insignificante, pero no exenta de cierto encanto. A lo lejos estaba también la colina, sobre la que descansaba majestuosamente el castillo del conde del mismo nombre.

Más cerca, rodeando a la edificación de la que acababa de salir, un terreno inhóspito, abrupto. Solo más allá surgía el bosque, una mancha rabiosamente verde.

Llegó la noche sin que hubiera sucedido nada extraordinario.

Sin embargo, a eso de las diez y media se dejó ver por la posada un joven alto y delgado, que dijo tener precisión de hablar con Raquel.

El posadero le preguntó de malos modos qué era lo que quería.

—Se lo he dicho ya, hablar con ella.

—Si no recuerdo mal —dijo el señor Pronsson— la última vez que estuvieron juntos, discutieron acaloradamente… Raquel dijo que no quería volver a verle en el resto de su vida… Usted le dijo que no volvería por aquí, por nada del mundo… Así acabó la cosa.

—He cambiado de parecer.

—Raquel no.

—¿Cómo lo sabe?

—Se ha cansado de decírmelo y repetírmelo…

—Como sea —dijo el joven alto y delgado— quiero verla ahora mismo. ¿Dónde está?

Se oyó la voz de Raquel.

—Estoy aquí.

Se había dejado ver con una expresión muy poco amigable, llenos de llamaradas sus ojos. Acababa de cerrar la puerta que comunicaba con el comedor.

Ellos estaban en la primera pieza, junto al mostrador de entrada.

—¿Qué quieres, Peter? —Preguntó Raquel, con sequedad—, no te esperaba… Ni hoy, ni mañana, ni nunca… Quedamos en no volver a vernos.

—Vengo a pedirte perdón —y era la suya una mirada donde su hombría asomaba perdida, derrotada, sencillamente avasallada.

—No me gusta perdonar —dijo ella, con más sequedad aún—. Debieras saberlo. Por lo que veo aún no me conoces bien.

—Comprendo que no debí tratarte como lo hice. No te lo merecías, ahora estoy seguro de que no te lo merecías…

—Podía haber venido a otra hora, ¿no le parece…? —inquirió el posadero, arrugando el entrecejo.

—El otro día vine más tarde.

—El otro día se quedó a dormir aquí —aclaró el posadero— y la cosa cambiaba. Pero hoy no quedan habitaciones disponibles, por lo que es mejor que se vaya. Vuelva mañana.

—Sí, Peter —dijo Raquel, pero su tono seguía encerrando mucha sequedad— vuelve mañana a mejor hora y hablaremos con más calma. Pero tenlo presente, no te prometo nada.

—¿De veras hablaremos mañana? —Quiso asegurarse de que así sería.

—Sí, de veras —corroboró Raquel.

Al poco, el joven alto y delgado salía de la posada. Lo hizo muy despacio, con pasos muy lentos.

Mientras, Warren Dean se había retirado ya a su habitación, que era la más impresentable que él había visto en su vida, pero que, sin embargo, no debía ser de las peores de aquella posada.

No, no debía serlo. Por ello, sin duda, que aquella estancia dispusiera de una ventana de aceptables dimensiones, por la que el joven se quedó observando el exterior.

Estuvo así largo rato, mientras fumaba. Pero no hubiera sabido decir cuánto tiempo permaneció ensimismado. Sólo supo que la posada se fue quedando a oscuras. Ya todos, evidentemente, se habían retirado a descansar.

De pronto, Warren dio un respingo.

Un violento respingo, pues el detalle observado no era para menos.

Alguien se hallaba allí fuera, bastante cerca. Alguien que ahora se alejaba, moviéndose sigilosamente. Alguien que se deslizaba como una sombra más entre las muchas sombras de la noche.

Brillaba alguna que otra estrella, y a su resplandor Warren pudo ver bastante claramente que esa persona llevaba una capa de color rojo subido…

¡Del color de la sangre!

¡Volvía a surgir, quieras que no, el recuerdo de la malvada y perversa bruja Raquel! ¡Como una inquietante y estremecedora maldición, con la que no pudieran los hombres!

Pero ¿iba a tomar en consideración aquella historia?

Sería ridículo.

Sería absurdo.

¿O acaso no…?

Warren Dean no acertaba a saberlo. Demasiado complicado y complejo para calibrarlo en aquel instante, cuando sus pensamientos se precipitaban sobre el hecho en sí. Un hecho que le había sacudido como un latigazo.

En realidad, casi no se dio cuenta de lo que hizo.

Y lo que hizo, ni más ni menos, fue abrir la ventana y mirar si había por allí algún lugar por donde descolgarse.

Lo había, en efecto. Unas ranuras que facilitaban el descenso, siempre y cuando, desde luego, se tratara de un joven ligero y ágil como él.

Por lo tanto, Warren se encontró antes de darse cuenta siguiendo los pasos a la capa roja. Pero lo hizo a distancia, para no traicionarse. Quería ver adónde iba a parar. Ya eran demasiadas casualidades que se agrupaban en torno a aquella historia del pasado.

La capa roja, sin rostro, porque la capucha calada se lo ocultaba, se dirigió hacia el bosque.

Hacia ese bosque que durante el día, desde allí, Warren Dean vio como una mancha rabiosamente verde.

* * *

Anduvieron a paso regular.

Hasta que, ya metidos uno y otro en medio de ese tupido bosque, los dos se detuvieron.

La capa roja porque había encontrado por lo visto a la persona que buscaba. Warren Dean porque quiso seguir manteniendo cierta prudencial distancia.

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! —exclamó de pronto una voz ronca.

Una voz que rasgó el aire del bosque y que pareció botar y rebotar siniestramente entre los troncos de los árboles.

Una voz que Warren Deán reconoció en el acto.

Era la de aquel joven alto y delgado que poco antes había estado en la posada. Le vio y le oyó a través de la puerta del comedor, antes de que la hija menor de los posaderos la cerrase.

Warren dio precipitadamente unos cuantos pasos hacia adelante. Necesitaba ver qué pasaba. Ya no podía conformarse con presenciar la escena de lejos.

Pero sus pasos se enredaron en la espinosa maleza, y esto sucedió de tal forma y manera, que allí se quedó detenido, prisionero.

¡Y sin embargo, le urgía salir de allí!

Los gritos del joven alto y delgado seguían llegando hasta sus tímpanos, crispándoselos y estremeciéndoselos.

Pero sus pies se iban enredando más y más entre la espinosa maleza. Así que, como solución menor, Warren alargó, estiró el cuerpo cuanto pudo. Indudablemente, la escena que buscaba debía estar muy cerca…

Parte de la misma, en efecto, quedó entonces al alcance de su horrorizada mirada.

Una cuerda había inmovilizado al joven alto y delgado, sujetándole alrededor del tronco de un árbol. Sujetándole fuertemente, haciendo estériles todos sus intentos de evasión. Pero lo horripilante corría a cargo de la capa roja, en cuyas manos había una sierra.

Una sierra que brillaba, y que abajo y arriba, adelante y atrás, se hundía y cortaba la carne de aquel cuerpo…

Los gritos del infeliz condenado se habían convertido en ayes horrendos, pavorosos.

Ya faltaba poco para que la pierna derecha quedara seccionada, pues la sierra apenas había mermado su velocidad al llegar al hueso.

Al poco, la sierra empezaba su monstruosa tarea con la otra pierna…

Hasta este momento se oyeron los alaridos del joven alto y delgado, que soportaba y aguantaba lo que humanamente parecía imposible. Porque era aquél un tormento del que el propio infierno se hubiera sentido celoso.

Finalmente se desvaneció.

Pero siguió la tarea diabólica y demencial de la sierra.

Warren Dean se debatió furiosamente contra las ramas, contra la maleza, que como una trampa sujetaban y aprisionaban sus pies, pero al comprender que iba a costarle sacarlos de allí, se puso a gritar:

—¡Al asesino! ¡Al asesino!

Tembló la capa roja, pero siguió adelante con su tarea. No obstante, ahora de un modo rápido, casi precipitado.

Warren consiguió, finalmente, salir de allí. Pero ya era tarde.

Al llegar junto a aquel árbol, ya sólo estaba la víctima…

La víctima convertida en siete trozos.

La hierba se iba chupando golosamente la sangre, como si aún le pareciera poca.

La capa roja había desaparecido. Como si nunca en realidad hubiera existido.

CAPÍTULO IV

El comisario Engles estaba reflexionando larga y concienzudamente sobre el caso.

Había interrogado a varias personas.

También al actual conde Mesley, un joven de mucha prestancia, guapo físicamente, que por lo que aseguraban unos y otros estaba perdidamente enamorado de la hija menor de los posaderos.

Bueno, no era hija de ellos. Todos lo sabían. Pero el matrimonio la había criado como si verdaderamente fuera hija suya, así que ya todos la aceptaban como hermana de Silvia.

Sí, el conde Mesley fue interrogado. Aunque no hubo necesidad de que el comisario Engles fuera al castillo en su busca. El conde fue en busca de Raquel y allí en la misma posada resultó fácil entrevistarla.

Que se llevó a cabo, por parte del comisario, con todos los respetos y deferencias, pues el conde Mesley era la personalidad más alta, noble y rica de toda la localidad.

—¿Qué opina usted, señor conde? —Terminó preguntándole el comisario—. Me interesa enormemente su opinión, hágase cargo. Como habrá podido darse cuenta, parece como si hubiera cobrado vida, auténtica vida, la maldición de la bruja Raquel.

—Mi abuelo murió sujeto a los barrotes de su lecho —dijo el conde, tristemente ensombrecida su expresión— y la referida bruja Raquel serró sus miembros… Algo horrible, espantoso, una auténtica y monstruosa pesadilla, que los años no han podido borrar… Pero aquella endemoniada mujer murió quemada en una hoguera, y su diabólica maldad murió con ella.

—¿Está realmente convencido de ello? —Le escrutó con sagaz mirada—. Recuerde lo que nos ha referido el señor Dean, Warren Dean… El asesino, a quien siguió los pasos, llevaba una capa roja… Lo mismo que aquella bruja Raquel…

—Eso no significa nada —afirmó.

—¿Tampoco significa nada para usted que la hija menor de los posaderos se llame precisamente Raquel?

—¡Por Dios, comisario! —barbotó. Y con un tono sumamente brusco—. ¿Adónde quiere ir a parar?

—A ninguna parte, se lo aseguro —no se disculpaba, aunque sus palabras pudieran dar esa impresión—. Simplemente formulo una hipótesis.

—Que no comprendo…

—Usted sabe perfectamente —recalcó el comisario Engles— que Raquel no es hija de los señores Pronsson. La encontraron un buen día junto a la puerta de la posada. Esto es todo lo que saben de ella.

—¿Y qué…? —inquirió, cada vez más brusco.

—La bruja Raquel estuvo embarazada. Ella misma lo confesó antes de morir quemada. Había tenido una hija… Y su maldición fue que su hija, o su nieta, o su biznieta, la vengarían… ¿No cabe pensar que esta Raquel de hoy sea descendiente de aquélla y que lleve en sus venas la herencia maldita? ¿Tan ilógico e irrazonado es suponer semejante cosa?

—¡Sí! —Exclamó el conde—. Totalmente ilógico e irrazonado.

—¿Por qué? —Y respirando, hondo—. ¿Por qué usted está enamorado de ella y la considera un ángel…?

—Nadie puede creer que Raquel sea un ángel. Los ángeles no desprecian a los hombres que la aman, y ella nos desprecia a todos.

—Al menos en eso —ironizó el comisario Engles— se parece a aquella otra mujer.

—Puede ser —admitió—. ¡Pero déjese de historias pasadas, comisario, no se aturda con el recuerdo de extrañas maldiciones y averigüe qué desquiciado anda suelto por aquí…!

—Haré todo lo que pueda, señor conde. Pero hasta entonces le recomiendo mucho cuidado. Recuerde que su abuelo fue una de las víctimas… No vaya a repetirse la historia con el nieto…

—¿Intenta asustarme? —Pero se mostraba muy tranquilo.

—Sinceramente, sí.

—Pues no lo ha conseguido —afirmó, rotundo.

—Lo deploro de veras.

* * *

El conde Mesley había acudido allí en busca de Raquel, y ella lo sabía, de eso que brillaran llenos de mal contenido júbilo sus ojos verdes, rasgados, de extraña mirada.

Algo muy distinto experimentaba Silvia, que una vez más comprendía que todos los hombres que se acercaban a la posada en busca de una mujer, iban por Raquel, no por ella. Inevitable y fatalmente se repetía siempre la misma escena.

—Estarás contenta, ¿no? —Silvia no pudo ocultarle su envidia—. Ya le tienes aquí. Has ganado la partida.

—Aún no sé si me place ganarla —repuso Raquel, con tono displicente.

—Pues te brillan mucho los ojos.

—La vanidad es una de mis debilidades —admitió.

—Ya, ya…

—Además —recalcó Raquel— aún no sé cuáles son sus verdaderas intenciones.

—Le dijiste que si volvía por aquí fuera para pedirte en matrimonio, que otra cosa no estabas dispuesta a aceptar. Pues si está aquí, eso significa…

—Cuando me lo diga, sabré a qué atenerme. De todos modos, ya te lo he dicho, no sé si me complace o no esa victoria.

—Pero si te pide que te cases con él, aceptarás, ¿verdad? —lo contrario no le cabía en la cabeza.

—Ya veré —esquivó la respuesta.

—Un partido como él…

Raquel dejó de prestarle atención, pero no porque fuera el conde Mesley el que se acercara a ella. Éste se hallaba aun hablando con el comisario Engles.

El que se acercaba era aquel Joven que la noche anterior cenó en la posada tres mesas más allá de Warren Dean. En quien éste detuvo su atención, aunque de momento sin saber por qué, ya que era un hombre corriente como cualquier otro. Pero sí, fue debido a la expresión desolada con que seguía el andar ondulante y provocativo de Raquel. Fue debido a la mirada que no podía ocultar, vacía, muerta.

—¿Otra vez aquí, Bill? —le reprochó ella, sin esperar siquiera a su saludo.

Silvia se había retirado de la pieza ancha, muy poco acogedora,

que era la sala de estar, donde se hallaban en aquel momento. Prefirió dejarles solos.

—Sí, ya ves… —vaciló ostensiblemente la voz de aquel hombre joven.

—¿Y a qué has venido? —inquirió—. Anda, dímelo. No estoy para perder tiempo. Aquí hay mucho trabajo.

—Me preguntas a qué vengo y lo sabes de sobras —en los ojos del hombre asomó un amor profundo como una herida mortal—. No cabe duda, te complace torturarme.

—Tengo derecho a elegir al hombre que me guste, ¿no crees? —Se burlaba de él, casi se le reía—. Pues tú no me gustas.

—Pues al principio me aceptabas a tu lado, parecía gustarte mi compañía. Todo cambió cuando se dejó ver por primera vez ese conde Mesley, que por lo visto cree que con su alcurnia y su fortuna ha de poder conseguirlo todo.

—Puede ofrecer más que tú a una mujer, ¿no te das cuenta? Tú no puedes ofrecer nada que valga la pena, No eres más que un vulgar carpintero.

—Tengo sólo eso, mi oficio, sí… —afirmó, y su voz, hasta entonces ostensiblemente vacilante, se hizo de pronto afilada como una daga—. Mi oficio, sí, y mis utensilios de trabajo… Entre éstos, una sierra… Una sierra que no encuentro hace días… ¿La viste tú por casualidad la última vez que estuviste en mi tienda?

—¿Por qué me estás hablando como si tu lengua fuera el filo cortante de un cuchillo? —A juzgar por la agresividad de sus ojos verdes, rasgados, hubiera deseado fulminarle.

—¿Te estás dando por aludida? —preguntó él a su vez, con arrestos que ahora sacaba no sabía de dónde.

—¿Aludida yo…? ¿De qué…? ¡Eres un desgraciado, Bill! Me inspiras compasión.

—No se busca compasión en la mujer que se ama.

—Pues no esperes otra cosa de mí.

—Piensa que… —Pero se detuvo, como si ya hubiera dicho bastante con estas dos palabras.

—¿Qué? —le desafió.

—Un hombre humillado puede ser capaz de cualquier disparate.

—¿Como por ejemplo?

—Repetir lo que me contó Peter… Peter y yo éramos muy

buenos amigos, no lo ignoras. Él ha muerto y ya no puede hablar, pero yo sí puedo repetir lo que él me dijo. Así que, Raquel, yo te aconsejo que te preguntaras con calma, con serenidad, si puedes verdaderamente darte el lujo de rechazarme… No, no me respondas ahora, sería precipitado. Ya me responderás la próxima vez que nos veamos. Adiós, hasta otra.

Al marcharse de allí, ni siquiera reparó en el señor Pronsson, que tras el mostrador le saludó, al verle, pasar.

De ello que el posadero, que era un hombre fácil de encolerizarse, fuera en busca de Raquel y sin contemplaciones le dijera que Bill era un perfecto maleducado, y que haría bien negándole de una vez su amistad.

—Si viene por aquí, no es porque yo le llame —repuso Raquel—. Me tiene harta con sus estúpidos asedios.

—Pero si viene, sin duda es porque no le rechazas del todo. Te gusta jugar demasiado con los hombres.

—¡No se meta en mis cosas!

—¡A mí no me faltes al respeto! —Exclamó con su voz de trueno, y la cogió por un brazo, zarandeándola con dureza—. Eso no se lo he consentido a nadie y tampoco voy a consentírselo a ti. A ti menos que a nadie… A no ser por mí, y por mi mujer, ¿qué hubiera sido de ti, desventurada? Hubieras muerto de frío y hambre en un pequeño capazo a poco de haber nacido. ¡Tu desvergonzada madre te abandonó y…!

—¡Con mi madre no se meta! —Y se soltó con un tirón de aquella mano que le sujetaba—. ¡A mi madre no la insulte! ¡No se lo consiento!

—¿Desde cuándo necesito que tú me consientas o no hacer o decir algo? Pues si lo has olvidado, recuérdalo. En esta casa mando yo. Única y exclusivamente, yo solamente.

—Veremos si manda lo suficiente —Raquel no se amilanaba— para impedir que un día me largue de aquí.

—¡Retira lo que acabas de decir! —Se excitó el posadero—, ¡o te doy una bofetada de la que te acuerdas toda la vida!

—No es para pegarla… —intervino la posadera, que al oír voces se había apresurado a llegar hasta allí. Pero intervino de un modo sumamente tímido y medroso—. Raquel ha querido decir, simplemente, que algún día se casará y que entonces, como es ley

de vida, tendrá que dejarnos.

—No adornes el sentido de sus palabras, dichas con la máxima mala intención —rechazó con un codo a su mujer, bruscamente—. ¡Apártate! ¡Sé de sobras cómo tratarla!

—No esté tan seguro… —masculló Raquel.

—En fin, basta ya de hablar. ¡A trabajar!

Esta vez Raquel no objetó nada, reintegrándose a sus ocupaciones. Pero lo cierto es que miraba con verdadero odio al hombre que le hacía de padre.

Un odio que estremecía su piel hasta más allá de lo concebible.

CAPÍTULO V

El comisario Engles hizo a Bill unas cuantas preguntas, a las que éste respondió bastante brevemente. No quería hablar más de la cuenta. Esto resultaba evidente.

Luego Bill siguió su camino, junto al lindero de la carretera.

Pero ya para entonces Warren Dean estaba a su lado, deseando sonsacarle lo que pudiera. Había oído las preguntas del comisario y asimismo las parcas respuestas, y su intuición le aseguraba que allí había algo que sacar a flote.

—Warren Dean, para servirle… Usted se llama Bill, ¿verdad? Es el carpintero de Mesley…

—Sí, soy el carpintero —asintió—. Como lo fue mi padre y lo fue mi abuelo. Y como ellos me llamo Bill… Así nos llamamos siempre los primogénitos de la familia.

—No le molesta que camine a su lado, ¿no es cierto? Ya que vamos a la misma localidad.

—No faltaría más.

—Así el camino se nos hará más corto.

—Naturalmente.

Warren Dean se dio cuenta de que sostenía de manera forzada su inesperada compañía. Daba la impresión de que algo le estaba torturando de manera indecible.

—Usted vive en Mesley…

—Si.

—Yo soy forastero. No conozco nada de por aquí. Pero me han contado de Mesley historias curiosas… Simplemente historias, supongo…

Bill no dijo nada. Apretó la boca, trazando una línea crispada.

—Digo supongo…, porque nunca se sabe. —Warren deseaba hacer hincapié en todo aquello—. ¿Usted qué opina?

—¿De qué…? —preguntó de mala gana.

—De lo que se cuenta de la bruja Raquel, y de su maldición. ¿Usted cree en esas digamos fantasías…? Nosotros, los que vivimos en las ciudades, solemos mostrarnos un tanto reacios a admitir…

Se detuvo. Esperó a que Bill prosiguiera.

Pero Bill se limitó a sacar una botella de *whisky* del hondo bolsillo de su cazadora de piel. Se llevó el gollete a la boca.

Ingirió dos largos tragos.

—¿Cómo decía…? —preguntó después. Pero prosiguió sin necesidad de que Warren se lo repitiera—. Sí, creo en la maldición de esa nefasta y satánica bruja.

—Pero ella murió en la hoguera, según me han contado… Su cuerpo quedó convertido en cenizas.

—Sí, desde luego. La bruja Raquel murió quemada y su cuerpo convertido en cenizas, que el viento desparramó. Pero dejó descendencia…

Sus propias palabras debieron parecerle demasiado horribles, por lo que sólo se le ocurrió sacar a relucir nuevamente la botella de *whisky*.

—¿No bebe usted demasiado…? —Preguntó Warren, pensando que no sería mala cosa atacar por el flanco—. ¡Oh, discúlpeme, no he pretendido decir una inconveniencia!

—No lo ha dicho, no se preocupe —dijo Bill—, en cuanto a beber demasiado, le aseguro que es la primera vez que lo hago. Necesitaba cobrar ánimos —y agregó—. Ya he bebido antes de llegar a la posada.

—¿Le sucede algo malo?

—Sí —asintió, y su gesto fue profundamente fatalista.

—Si en algo puedo ayudarle… —se ofreció gentilmente, queriendo poco a poco ir granjeándose su confianza.

—Nadie puede ayudarme.

—¿Tan grave es…?

Debía serlo, pues por tercera vez sacó la botella de *whisky*, cuyo contenido acabó sufriendo una considerable merma.

Entonces Warren se dio cuenta de algo de vital importancia. Aquel hombre empezaba a balbucear.

«Ha debido decirme la verdad —razonó— no tiene costumbre de ingerir alcohol».

Y volvió a ratonar, de forma casi inmediata.

«Si consiguiera que se emborrachara, posiblemente se soltaría de la lengua. He de intentarlo».

—Sí, es muy grave lo que me sucede —respondió finalmente Bill, y se pasó la manga de la cazadora de piel por la boca, secándose el *whisky* que torpemente se le había vertido.

—Lo lamento —y Warren improvisó, para ponerse a tenor de las circunstancias—. Yo también estoy pasando por un mal momento... De eso, sin duda, que ahora me esté dando usted envidia con esa botella al alcance de la mano.

—Si gusta... —ofreció Bill.

—Francamente, si es usted tan amable. ¡Vaya por su ofrecimiento! ¡Muchas gracias!

Bebió a su vez un buen trago.

—Si es una mujer quien le amarga la vida —aconsejó después— olvídela y a otra cosa. Hágame caso.

—Es fácil de decir... —masculló Bill, demostrándole claramente que había dado en la herida.

—Pero no es tan fácil de llevar a la práctica —dijo Warren—, ¿es eso lo que iba a decirme? Sí, tiene usted razón —e improvisó de nuevo—. A mí me sucede algo parecido. En fin, ¿por qué no me ofrece otro trago, amigo?

—Como quiera...

—Mire, yo bebo ahora con toda confianza —Warren, ya con la botella en la mano, se esforzaba por parecer natural, desenvuelto—. Pero, claro, esto no puede acabar así. Sería demasiado abuso por mi parte. Al llegar a Mesley entraremos en la primera taberna que encontremos y le invitaré a un par de copas. O si prefiere, le compro otra botella de *whisky* y nos vamos juntos a bebería a su casa, a su carpintería...

Consiguió lo que deseaba.

No resultó sencillo, pero el final fue el apetecido, el que se había propuesto.

Bill acabó borracho como una cuba. No se daba cuenta de lo que hacía y menos aún de lo que decía.

* * *

Fue entonces cuando Warren Dean volvió a darle cuerda al tema de la bruja Raquel.

—¡No me la nombre! —Se puso a gimotear Bill, que se hallaba medio desplomado sobre una tosca mesa—. ¡No quiero oír hablar, de ella! Su maldición me persigue… Nos persigue a todos…

—¿Qué dice…? —Se apresuró a inquirir Warren—. ¿Qué esa maldición les persigue a todos…? No le comprendo. Explíquemelo, por favor.

—Me refiero a todos los hombres que ponemos nuestra mirada en Raquel, la hija menor de los posaderos. Pero no, no es hija de ellos, no sé si usted está al corriente de ello. ¿Sabe quién es en realidad esa bellísima y turbadora muchacha? ¡La descendiente de aquella bruja, Raquel, de todos los demonios!

—¡Qué cosas se le ocurren! —Intentó dar un tono ligero a la exclamación, pero lo cierto es que un escalofrío había recorrido sus vértebras. Todo se había complicado ya demasiado, para que pudiera seguir mostrándose incrédulo—, ¿cómo se le ocurre pensar eso…?

—No me baso en meras suposiciones —y Bill hipaba y gimoteaba al mismo tiempo—. Ahora lo sé fijo. El otro día me habló de ello Peter.

—¿Peter…? Supongo que se está refiriendo a aquel joven que fue hallado atado y descuartizado junto al tronco de un árbol.

—Sí, precisamente. Él me lo contó todo. Éramos buenos amigos, ¿sabe? Por eso quiso prevenirme… Pero no, no ha servido de nada que lo hiciera… Yo, lo mismo que él, me siento avasallado por los diabólicos encantos de esa mujer. Y eso que no ignoro la realidad. Conseguirla tendrá un precio muy alto… Morir descuartizado por una sierra.

—Pero ¿qué le dijo ese amigo suyo? —le apremió—. ¿Cuáles fueron en definitiva, sus palabras?

Bill hundió el rostro entre los brazos que se entrecruzaban pesadamente sobre la mesa. Se quedó inmóvil durante varios segundos.

Warren temió que se hubiera dormido, pero no, Bill sollozaba en medio de su desesperado desconsuelo. Volvió a alzar el rostro.

—Cierta noche —dijo— fue Peter a ver a Raquel, y cuando quiso salir no pudo hacerlo, se había desencadenado una aparatosa tormenta. Decidió quedarse. Había habitaciones disponibles, así que el caso no abrigaba excesivas Complicaciones. Eligió el mejor

dormitorio, y a la hora oportuna, después de haber cenado, se fue a reposar. Pero apenas se hubo acostado, oyó un ruido extraño, como un crujido… No le prestó apenas atención y se volvió hacia el otro lado de la cama. No obstante, el ruido se repitió una y otra vez, hasta que se vio obligado a levantarse y a encender la lámpara de aceite. Entonces se percató de lo sucedido… Una de las tablas de la pared, se había despegado un tanto de su sitio. En la posada era viejo todo, así que no había que sorprenderse demasiado de ello. Pero sí se sorprendió y no poco, al darse cuenta de que aquella tabla tambaleante daba entrada a un pasadizo.

Bill se detuvo. Las palabras cada vez salían más dificultosamente de su garganta.

—¿Y bien…? —Warren no podía contener su impaciencia.

—Terminó de despegar la tabla y se fue decididamente a través del pasadizo —siguió diciendo Bill, aunque a trompicones—. Antes tuvo la precaución de coger la lámpara de aceite para mejor orientarse allí dentro. No sabía qué misterio podía esperarle, no acertaba a imaginar nada en concreto, pero la verdad es que Peter temblaba de miedo… Él mismo me lo confesó… Sin embargo, una fuerza superior a sí mismo le arrastraba adelante, adelante, hacia el fondo estrecho de aquel pasadizo…

—Siga, siga —le animó Warren.

—Un pasadizo —continuó diciendo Bill, que ahora gimoteaba e hipaba de un modo ronco— que dejó de ser estrecho al llegar en marcado declive hasta el sótano. Desembocaba en una pieza amplia. ¿Y qué cree que Peter encontró en aquel lugar…?

—Espero que usted me lo diga.

Pero Warren se estaba temiendo que no llegara a tiempo de decírselo. Le veía a punto de caer dormido como un tronco, en un desplome total y absoluto.

Sin embargo, Bill aún había de poder articular unas cuantas palabras. Bastantes.

—Pues encontró el cuadro de la bruja Raquel… Aquel cuadro que un pintor famoso le hizo en el propio castillo del conde Mesley… Que luego ella misma, al huir de allí, se llevó consigo… El cuadro aquél, donde la hermosura de la bruja Raquel aparecía en todo su deslumbrante esplendor… La blusa blanca, con las flores bordadas alrededor del amplio, descotado y tentador escote. La

cabellera negra, larguísima, como un manto de noche oscura, muy oscura. Los ojos verdes, rasgados, como esmeraldas hechas de ascuas de fuego…

Se detuvo. Pero prosiguió tan aprisa, que no dio tiempo, siquiera, que Warren le apremiara una vez más.

—El hallazgo fue realmente espeluznante, porque, —tragó saliva, ridículamente— el cuadro era la viva imagen de la hija menor de los posaderos, de la Raquel que vivía y alentaba para pesadilla, tormento y fatalidad suya, y mía, y de tantos… Pero lo peor no fue constatar que, en efecto, la Raquel de ahora era la descendiente de aquélla… Había algo mucho más monstruoso y aterrador en todo aquello, y era que, junto al cuadro, había un ramo de flores frescas… Pero lo verdaderamente terrorífico, demencial y diabólico, lo que cortaba el aliento de auténtico pavor, era la sierra… La sierra que reposaba allí… Allí, junto al ramo de flores… ¡Y estaba manchada de sangre…!

—¡Por los clavos de Cristo! —barbotó Warren.

Bill había dejado de hablar, para mirar a su alrededor. Y siguió mirando, aquí y allá, por toda su tienda de carpintería. Pero sin levantarse, pues le faltaban las fuerzas.

Finalmente masculló entre dientes.

—No la encuentro… No la encuentro… Me refiero a la sierra… Vino a verme Raquel, y desde entonces…

Era inevitable.

Inclinó la cabeza sobre los brazos y quedó profundamente dormido. Roncando con fuerza.

* * *

Regresó a la posada desconcertado, aturdido, y también vivamente impresionado por los insólitos hechos que le habían sido revelados. Pero, sobre todo, preocupado por la suma gravedad que los mismos encerraban.

Sin embargo, había decidido no poner tales hechos en conocimiento del comisario Engles. Pensaba que, antes de dar ese paso, valía más que se cerciorara personalmente de si, en todo y por todo, lo referido por Peter a Bill se había ceñido estrictamente a la verdad.

En cuanto a Bill, no podía contar con que repitiera ni una sola

de aquellas palabras. Había hablado porque estaba borracho. No volvería a hacerlo. Amaba a Raquel demasiado intensamente para traicionarla.

Por lo tanto, optó por hacer ver que no sabía nada, que nada había averiguado, que todo seguía de la misma forma.

Así le sería más fácil, más factible, meterse a fondo en la cuestión e indagar lo preciso, lo indispensable.

—Hola —saludó a Pamela.

Ella estaba junto al pozo, situado a unos diez metros de la posada.

—Buenos días.

Gruesos nubarrones cubrían el cielo. Posiblemente no tardaría en llover. Por eso, quizá, la posadera le hubiera enviado a buscar agua. Valía más acabar ya con aquel trabajo.

—Me alegro de esta coincidencia —dijo Warren—, dentro de la posada siempre hay gente y resulta difícil hablar a solas con usted. Y debo decirla un par de cosas.

—¿Sí…? —demostró un poco de asombro.

—La primera —ya recuperado de las emociones experimentadas, Warren sonrió con simpatía a la bonita muchacha— es que quiero que sepa que me quedé aquí por usted…

—¿Por mí? —Su asombro fue ahora mucho.

—Sí —confesó—. Aún no sé exactamente por qué, pero me supo mal dejarla aquí sola… Como si pudiera correr serios peligros, si yo no estaba a su lado para defenderla…

—Gracias —el asombro había dejado lugar a una visible emoción.

—La segunda cosa que debo poner en su conocimiento —prosiguió Warren— es que he decidido averiguar quién es la persona que se oculta tras la capa roja… Soy obstinado por naturaleza, y ese empeño se me ha metido entre ceja y ceja…

—¡Por Dios —se preocupó la muchacha— no vaya a meterse en líos! Para investigar está el comisario Engles… Además, todos hablan y comentan lo mismo… Todos saben ya quién es esa persona… La descendiente de aquella bruja llamada Raquel… Usa la misma indumentaria, utiliza asimismo una sierra…

—Sí, todo eso coincide. Pero no adelantamos nada si ignoramos quién es esa descendiente… Ella no va a ir pregonándolo… —Y

añadió—: Y necesitamos saber, exactamente, de quién se trata… ¿Vive en Mesley? ¿O por estos alrededores? ¿O acaso aún más cerca…? Hay que cogerla con las manos en la masa. Y debemos hacerlo con presteza, pues si le ha sido transmitido el odio por los hombres que la aman, y la maldita herencia resurge en ella…

—Todo este asunto es escalofriante —la muchacha se estremecía sólo de pensarlo—. Demasiado, señor Dean, para que usted cierre los ojos a una justa prudencia.

—Tengo algo más que decirla, señorita Benn. Es usted muy bonita… La muchacha más bonita que he conocido. No le importe llevar ese uniforme, ni ese delantal. A mí me gusta lo mismo.

* * *

Había oscurecido.

La señora Pronsson y su hija mayor, Silvia, estaban muy ajetreadas, pues la diligencia acababa de detenerse y sus seis ocupantes habían decidido cenar y pernoctar allí.

Por añadidura, Raquel estaba de bastante mal humor y se negaba a colaborar en aquellos trajines, que siempre le habían ido a contrapelo. Sólo el posadero conseguía meterla en cintura, según él decía, pero en esta ocasión no podía hacerlo porque se había ausentado. Había dicho que volvería a eso de medianoche.

Finalmente el trabajo se hizo, siendo los huéspedes atendidos y alojados convenientemente.

Entonces, unos y otros se retiraron a sus respectivos dormitorios. Menos el posadero, que aún no había regresado.

Todo quedó en silencio.

Pero ese silencio se vio bruscamente truncado por el propio señor Pronsson, que ya de regreso, a unos veinte metros de la posada, se puso a gritar como si le matasen.

Despertados sobresaltados los que vivían bajo aquel techo, más de uno temió que se tratara precisamente.

El sonrojo subió al rostro de Pamela, mientras su mirada, toda azorada, descendía hasta el suelo.

—Y ahora le dejo —dijo Warren— prefiero que no ros vean hablando. En todos los sentidos es mejor no llamar la atención de eso, de que alguien estuviera atentando contra la vida del posadero.

Debió cundir el pánico al recordar el espeluznante crimen de

Peter y al recordar, de rebote, a la llamada bruja Raquel… La reacción de todos así lo hizo presumir, pues verdaderamente nadie osó salir de sus habitaciones en varios largos minutos.

Cuando salió la posadera, y fue la primera en hacerlo, ya el señor Pronsson estaba a salvo, abajo, profiriendo con su voz de trueno.

—¡Pero, demonios, todo el mundo está sordo en esta casa! —Y alzando aún más la voz—. ¡Me he escapado de milagro! ¡Quería matarme, me perseguía…! ¡Me perseguía la capa de color rojo…! No he podido verle la cara, llevaba la capucha alzada… Pero he visto en su diestra la sierra…

Silvia terminó compareciendo, aunque fue de las últimas en hacerlo. Aunque la última, exactamente, fue Raquel.

—¿No ha visto visiones…? —inquirió ésta con un tono que resultó de Io más irónico.

—¿Cómo te atreves a dudarlo…? ¡Desgraciada! —Su voz de trueno ahora temblaba de coraje—. ¿Crees, acaso, que estoy mal de la cabeza para no saber si me persiguen o no, o si veo o no relucir en la noche una siniestra sierra…?

Warren no quitaba la mirada de Raquel, cuya hermosura, a la luz temblona de las lámparas de aceite, refulgía de un modo más extraño que nunca.

Pero algo le hizo separar la mirada de ella, para clavarla sorprendido en uno de los huéspedes de aquella noche, uno de los que acababan de llegar en la diligencia. En quien hasta entonces no había reparado.

—¿Usted…?

Se trataba del hombre pequeño y enjuto que conoció en su viaje de ida y que, encogido y arrebujado en su macferlán negro, les refirió la historia de la bruja Raquel.

—Por lo visto le sorprende verme —sonrió, si bien bastante forzadamente.

—Sí, con franqueza —reconoció Warren.

—Yo tampoco esperaba encontrarle a usted.

—Me hago cargo.

El hombre pequeño y enjuto carraspeó. Luego dijo:

—A la ida tenía prisa, pero ahora ya voy con más tiempo. Por eso me he decidido a pasar la noche aquí…

Había forzado tanto la explicación, que desde luego no pudo resultar más inconsistente.

Ello hizo que Warren sacudiera la cabeza, como para desaturdirse. Pero no debió conseguirlo, pues terminó diciéndose que allí nada estaba claro. Nada en absoluto.

CAPÍTULO VI

Al día siguiente, al comisario Engles le faltó tiempo para comparecer por la posada. Necesitaba saber con toda clase de pormenores lo que le había sucedido al posadero.

El señor Pronsson se lo refirió una y otra vez, sin escatimar detalles. Luego añadió por cuenta propia, reflejando un miedo que hasta entonces parecía haberse esforzado por no traslucir.

—Si no da pronto con esa bruja, comisario, a la próxima me cazará. Lo presiento.

—Si la culpable de todo es esa mujer, descendiente de aquélla, de la que todos hablan, pero nadie conoce, supongo que usted sabrá defenderse… Una mujer siempre es más débil que un hombre…

—No sé qué le respondería a esto Peter… —Y su miedo se destapaba, demostrando que había llegado a ser obsesivo, cerval—. Por lo demás, años atrás se repitió el caso infinidad de veces. El entonces conde Mesley, y tantos otros, y otros…

—Sí, tiene razón. De todos modos, todos esos hombres que antes ha mencionado, amaban a la mujer que luego había de matarles… Su caso es distinto, señor Pronsson. Otro móvil guía la mano asesina.

—Por lo que acaba de decir, comisario, usted da por descontado que en el caso de Peter intervino el factor amor…

—El amor es un factor que casi siempre se halla metido de por medio. Debo por tanto admitir, si bien con algunas reservas, la tesis que todo el mundo da por cierta.

—¿Se refiere, asimismo, a que la descendiente de aquella bruja llamada Raquel, sea la que ahora…?

—Sí, sí… Pero, bueno, a su tiempo le responderé a eso —le había interrumpido—. No suelo sentenciar antes de tiempo. Si lo hiciera, sería un mal policía, ¿no lo cree así?

—Bien mirado, sí. Pero, por favor —insistió de huevo con el

miedo a flor de piel— dé con el culpable pronto… Con la culpable —corrigió—, porque yo sí creo que se trata de esa persona de la que todos hablan, y lo creo sin reserva ninguna. Yo sí me atrevo a sentenciar a este respecto.

Aún siguieron hablando, mientras fuera de la posada, cerca del pozo, Raquel miraba al joven conde Mesley como si, en lugar de corresponder a sus amorosos sentimientos, le estuviera aborreciendo.

—¿Por qué me miras así, Raquel?

—No creo mirarle de ninguna manera especial.

—Sí, sí…

—Bueno, piense lo que quiera. Me da lo mismo —le dio la espalda, desdeñosa—. Adiós.

—Un momento, Raquel, por favor… —Intentó detenerla con estas palabras.

Pero no muy convencida del poder de las mismas, y por si acaso, la cogió por el antebrazo.

—¿Qué quiere? —Se detuvo, taladrándole con sus inquietantes y abrasadores ojos verdes.

—Ayer vine a verte —dijo él—, pero me esquivaste… Sabías que había venido por ti, sólo por ti, y sin embargo, una vez más me dejaste plantado.

—No me gustó en absoluto cómo empezó a hablarme —repuso ella—. Habíamos quedado que, si volvía por aquí, sería con buenas intenciones. Entonces, ¿por qué insistió en lo de siempre? Además —Raquel se encogió de hombros—, no me sentía de buen humor. El comisario Engles estaba interrogando demasiado…

—¿Por qué demasiado? —Preguntó el conde Mesley—. Es normal que lo haga, ¿no? Debe dar con el asesino. Pero, bueno, ése es asunto suyo… —Y acariciando el brazo de la muchacha—. He venido a pedirte que te cases conmigo, Raquel.

—Esto ya es otra cosa… —Pero no hubo en ella la alegría, o la felicidad, que parecía lógico esperar.

—Cuando quieras, te llevo a mi castillo y formalizamos… Te presentaré a mis padres, a mis hermanos y a mi abuela Elisa… Yo la llamo abuela, ¿sabes?, pero en realidad es la hermana de mi abuelo…

—Sé a quién te refieres —repuso la muchacha, imperturbable—

a aquella niña que presenció cómo la bruja Raquel descuartizaba a su padre, tu abuelo, y que enloqueció a partir de aquellos instantes. Dicen que sigue rematadamente loca.

—Desgraciadamente, no puedo decirte que no sea cierto. Pero es puramente inofensiva, te lo aseguro. No ras de tener miedo de ella.

—¿Miedo yo...? —Hizo una mueca displicente—. Yo nunca he tenido miedo de nadie, ni de nada... En todo caso, los demás me lo tienen a mí.

—¿Por qué dices eso, Raquel?

—Porque hay gente que me mira mal, sobre todo últimamente... Lo sé. Incluso el comisario Engles...

—No pienses en lo que digan o puedan decir. Y respóndeme —su tono se había hecho sumamente ansioso—» ¿quieres que te lleve al castillo y te presente a los míos, formalizando así nuestro compromiso?

Ella le miró. Muy fijo.

—¿Cuándo...? —preguntó.

—Cuando tú quieras. Ahora mismo si lo deseas.

—Bueno —aceptó—, llévame ahora. Así mis padres y Silvia se enterarán de todo cuando ya no haya remedio.

—¿Ellos no quieren que me aceptes?

—No lo sé. Sólo sé... —Y por primera vez sonrió—, que me gusta que me tengas confianza. Absoluta confianza. Esto es de vital importancia para mí...

—Pues te la tengo —pero el conde Mesley no pudo evitar el recordar lo que le dijera el comisario Engles.

«... Le recomiendo mucho cuidado. Recuerde que su abuelo fue una de las víctimas... No vaya a repetirse la historia con el nieto...».

* * *

Los ojos de Raquel, verdes, rasgados, brillaban llenos de mal contenido júbilo.

Estaba ya ante el castillo, cuya entrada iba a franquear de un momento a otro. Era una sensación maravillosa.

Pero cambió de expresión, haciéndose ésta indefinible, apenas dio unos pasos en el vasto y regio vestíbulo cuyas paredes se hallaban adornadas de armaduras y blasones. El sirviente que salió a abrirles, hizo saber a su joven señor que sus padres acababan de

salir, y que sus hermanos habían hecho otro tanto.

—Lo lamento, Raquel —intentó decírselo lo más suavemente posible. Siempre estaba temeroso de sus bruscos cambios de humor —. Bueno, ya que estamos aquí te presentaré a mi abuela Elisa.

—Como quieras —respondió.

Poco después entraban en una amplísima estancia El lugar preferido de aquella anciana, cuyos ojos, muy salidos de sus órbitas, daban fe de un mundo aparte. Un mundo desquiciado, enloquecido, donde de vez en cuando, empero, parecía haber lugar para un poco de cordura.

Abuela Elisa saludó a Raquel con sencillez, con naturalidad, y le ofreció asiento en los cómodos sillones que rodeaban la crepitante chimenea. De momento, pues, todo marchó bien.

—Es la muchacha con la que voy a casarme…

—Seréis muy felices —susurró abuela Elisa—, claro que sí… Y yo me alegraré mucho…

Pero de pronto, sin más, la anciana se quedó mirando a Raquel como si no fuera la primera vez que la viera.

—Yo te conozco… —murmuró entonces—, ¿dónde te he visto antes? Hace tiempo… Mucho tiempo…

—No puede conocerme usted, señora —respondió Raquel, secamente—. Nunca hasta ahora nos habíamos visto.

—Sí, sí… —insistió—. De eso hace mucho tiempo… Muchos años…

—Hace muchos años —repuso Raquel, con el tono aún más seco — no pudo ser. Yo apenas tengo veinte años.

—Sí, sí, sí… —insistió una y otra vez— te tengo vista… Tus mismos ojos, con esa mirada tan endiabladamente extraña.

—La confundes, abuela —intervino el joven conde.

—Te aseguro que no —y abuela Elisa empezó a temblar, de tal modo que hasta se oía el castañeteo de sus dientes—. La he visto antes… —Y de súbito se puso en pie y retrocedió unos pasos, terriblemente asustada—. ¡Y sé que es mala! ¡Mala como una víbora! ¡Mala como una maldición! ¡Mala como una bruja…!

Raquel no quiso seguir allí. Mostraba crispada su expresión y excitadísimos sus nervios. Parecía verdaderamente alterada por primera vez en su vida.

—Discúlpala, Raquel. La pobre está loca y no sabe lo que se

dice…

Pero él también acusaba el impacto de aquella violenta reacción de abuela Elisa, que tan espeluznante significado podía tener. Temió seriamente, muy seriamente, estar jugándose la vida a una sola carta.

Raquel por su parte no volvió a pronunciar ni una sola palabra más. Se encerró en sí misma ¿Era el suyo un plan preconcebido…?

El conde Mesley pensó que tal vez lo fuera, Al estar cerca de la posada sí habló, pero sólo para decirle:

—Cuando de veras quiera pedirme perdón por esta bochornosa escena, habrá de ser a solas… A solas —recalcó— cuándo y dónde yo le indique. O eso o nada.

CAPÍTULO VII

Warren Dean se detuvo antes de entrar en el comedor, que permanecía en penumbra puesto que aún no habían sido encendidas las lámparas de aceite. Acababa de oír cómo el hombre pequeño y enjuto del macferlán negro, decía:

—O cobro lo estipulado, o me veré precisado…

Pero Warren no pudo ver a quién se lo decía. Tampoco oyó la respuesta.

Iniciaba ya un paso hacia adelante, decidido a cerciorarse con sus propios ojos de quién era el otro interlocutor, cuando, por más inoportunamente, le interpeló la posadera. Desde detrás del mostrador:

—Señor Dean…

—Dígame —se vio forzado a dejar insatisfecha su curiosidad.

—Era sólo para preguntarle, señor Dean, si se encuentra a gusto entre nosotros. Deseamos atenderle a su plena comodidad, y de veras lamentaríamos que…

Se había dado cuenta de que Warren era un cliente rico, de excepción. Así que la posadera se esforzaba por quedar bien.

—Con franqueza… —Warren pensó que la oportunidad era única. Se le brindaba en bandeja de plata—. Con franqueza, la habitación no es de mi agrado… Si fuera posible trasladarme a la mejor de la posada. Por descontado, estoy dispuesto a pagar lo que sea.

Warren sabía que la mejor habitación era aquella que daba acceso al pasadizo.

—La mejor está disponible —dijo la posadera—. Queda a su disposición a partir de este mismo instante. Mandaré que trasladen sus cosas.

—Gracias.

No mucho rato después, Warren cenaba con menos apetito que

otras noches. Sólo estaba pensando en encontrarse a solas en la nueva habitación. Necesitaba averiguar de una vez si era cierto todo aquello que le habían explicado.

Pero el que se retiró antes, fue el hombre pequeño y enjuto. En realidad, apenas había probado un par de bocados. Se sentía visiblemente excitado.

Raquel y Silvia atendían como de costumbre, aunque esta noche había menos huéspedes y no tenían precisión de ir con tantas prisas.

La posadera apenas intervenía. Tras el mostrador, estaba repasando el libro de cuentas. El posadero vigilaba a todos, no perdía de vista a nadie, pero él se limitaba a mostrar una expresión hosca.

En eso entró Bill.

Raquel le vio apenas traspasó el umbral.

Pero se giró de espaldas e hizo ver como si no hubiera reparado en su persona.

Bill miró a su alrededor. ¿Intentaba localizar a Raquel, como otras veces? No, en esta ocasión no era a ella a quien buscaba. Por lo menos en aquel preciso instante.

Así que vio a Warren Dean, se dirigió hacia su mesa.

—¿Puedo sentarme…? —preguntó, y estaba tan trastornado que parecía enfermo.

—¡Oh, sí! —Warren le tendió la diestra—. ¿Qué tal, amigo…? Encantado de volverle a ver.

Puede decirse que Bill se desplomó materialmente en la silla. Y aunque quiso hablar, se quedó sin decir nada. Estaba claro, no sabía cómo empezar.

Empezó Warren:

—Le veo mala cara.

—Es la resaca. La borrachera de ayer. No es bueno beber tanto.

—No, claro —convino Warren—. De todos modos, a veces conviene aturdirse un poco, hacerlo es casi una necesidad física, ¿no cree usted?

—Cuando se bebe se dicen tonterías.

—A veces no… —apuntó Warren.

—Sí, sí… —Remachó—, siempre se dicen muchas tonterías. Seguro que yo se las diría a usted.

—No recuerdo que me dijera ninguna —Warren procuró parecer

puramente ingenuo.

—Pero le hablaría de Raquel, ¿verdad? —quiso saber.

—Me dijo que estaba enamorado de ella.

—¿Sólo le dije eso…? —Y hasta contenía la respiración.

—Sólo —mintió Warren.

Bill dio un suspiro de alivio.

—Bueno, mejor así… Quiero decir, que mejor que no me ampliase en pormenores. Los hombres nos ponemos ridículos cuando amamos y no somos correspondidos.

—Pero Raquel, quizá, le corresponda algún día…

Nuevamente intentaba hacerle hablar más de lo debido. Pero Warren sabía que no sería fácil que lo consiguiera. Lo sabía de sobras. Ahora Bill no estaba borracho.

—Ella no corresponde a nadie.

—¿Ni siquiera al conde Mesley? —Warren agotaba sus buenas y malas artes para inducirle a hablar.

—Nos mira del mismo modo a todos los hombres que la amamos. No creo que en su corazón haya cabida para excepciones.

Pero esto fue lo último que dijo, pues al azar la vista había reparado en Raquel, que se alejaba del comedor luego de haber servido pan, queso y vino a una de las mesas. Debió considerar que era aquélla la ocasión idónea para ir tras ella.

Pero ella no fue del mismo parecer.

—¡Déjame en paz! —exclamó.

Bill se le puso por delante.

—Sal fuera, junto al pozo… He de decirte algo que nadie debe oír. Te trae cuenta hacerme caso.

—Bien —aceptó ella—. Espérame allí. Saldré así que pueda.

Salió pronto.

—¿Qué quieres, Bill? ¡Dímelo de una vez! ¡No estoy para perder tiempo contigo!

—¿De veras quieres que te lo diga? —Hizo un gesto amargo—. ¿No te parece innecesario hacerme llegar a tal extremo…? Pero, en fin, si así lo quieres… Sé quién eres… Eres la descendiente de la bruja Raquel, aquella nefasta y maquiavélica mujer que mataba inexorablemente a los hombres que la amaban.

—¿Qué más sabes? —preguntó, con la voz de hielo.

—Sé que en ti se agita y surge la maldición de ella, como una

herencia una y mil veces maldita… Pero sé, a pesar de todo, que no puedo renunciar a ti… ¡Me tienes trastornado!

—¿Cómo has sabido todo eso, Bill?

—Peter me lo contó. Él lo sabía. Por eso debió morir el primero. Por eso debiste matarle, descuartizándole luego con la sierra… Con la sierra que robaste en mi carpintería…

—¿No ternes que contigo haga lo mismo?

—Te necesito, Raquel. Quiero que seas mi esposa. No me importa el precio que pague. Estoy dispuesto a pagar.

—No estás bien de la cabeza —seguía su voz helada.

—Peter tampoco lo estaba…

—Ni lo está tampoco el conde Mesley. Sí, tienes razón, no eres el único…

—Por favor, Raquel… Yo callaré todo lo que sé, te lo juro. E incluso me convertiré en tu aliado, si ello es preciso. Pero quiero ser el dueño de tu endemoniada hermosura… Dime que así será.

—Dame un poco de tiempo para decidir.

—¿Cuánto…? —la apremió.

—Hasta mañana.

—De acuerdo.

—Y ahora vete… Vete ya…

—Sí.

Pero ella no se fue aún. Espero a que Bill estuviera lejos y entonces se dirigió hacia la sombra que desde hacía rato vislumbraba no muy lejos.

La había reconocido. Se trataba del joven conde Mesley, que permanecía como al acecho.

—¿Qué hace usted por aquí? —Le abordó—. ¿Desde cuándo se dedica a espiarme?

—He visto que hablabas con Bill… —tartamudeó—. He preferido esperar a que se fuera.

—Ya se ha ido. ¿Qué pasa ahora…?

—Dame esa cita… Elige tú misma hora y lugar… A solas… ¿No es esto lo que deseas? ¿No es ésta la condición que me impones? Pues sea… —Y murmuró muy quedo—. Date cuenta, Raquel, te tengo tanto amor que a pesar de todo no tengo miedo…

—Así me gusta.

* * *

Warren se dio cuenta de que Raquel hablaba con Bill junto al pozo.

Pero eso no significaba nada, ni aclaraba nada. Tampoco tenía ningún sentido concreto que, tras irse Bill, hablase con el conde Mesley.

Así que decidió irse a su habitación. Tenía que investigar por su cuenta y riesgo. Sería la única forma de saber exactamente a qué atenerse.

Cerró con llave.

Quería actuar sin temor a verse sorprendido. Pero tardó en dar con aquella tabla tambaleante. Tardó mucho más de lo que había supuesto. Estuvo a punto, casi, de desesperar en su empeño.

Pero sí, finalmente dio con la tabla que sonaba a vacío, consiguiendo luego, no sin esfuerzo, sacarla de su sitio.

Sí, allí estaba el pasadizo.

Como le habían contado.

No se lo pensó dos veces. Cogió la lámpara y se metió allí dentro, decididamente. Desde luego no era hombre de muchas vacilaciones y lo estaba demostrando a carta cabal.

El pasadizo, el acusado declive, llegaba hasta el sótano. Sí, efectivamente…

Y allí encontró el cuadro, y la capa roja, y el ramo de flores siempre frescas…

Y allí estaba la sierra, que también en esta ocasión se hallaba manchada de sangre. Sangre oscura, pegajosa, coagulada, que nadie por lo visto se había tomado la molestia de limpiar.

¡El cuadro era Ja viva imagen de Raquel, la que todo el mundo trataba y consideraba como la hija menor de los posaderos!

¡Había algo endemoniado en aquellos ojos verdes, rasgados, cuya belleza fascinante el artista había trasladado al lienzo! ¡Había algo que hacía estremecerse!

Y ese algo hacía que se sintiera más la humedad del sótano…

Pero Warren no se estremeció. Iba preparado a lo que fuera. Dispuesto a todo.

En eso oyó unas pisadas.

Rápidamente retrocedió de la pieza amplia, cargada de humedad. Retrocedió más de una docena de pasos, hasta ocultar en la estrechez del pasadizo la luz de la lámpara de aceite que, de otro

modo, le delataría en el acto.

Oyó que se entreabría la puerta.

La única puerta que había.

Luego percibió un diálogo, que al poco se apagó. Volvió a reinar el silencio.

E instantes después, de forma inesperada, llegaron a sus oídos unos berridos angustiosos, como los que emiten los cerdos en el matadero, pero aún más agudos, dramáticos y espeluznantes que aquéllos. Pero en esta ocasión, por descontado, eran proferidos por un ser humano.

Warren se precipitó hacia adelante, guiado por la luz que le llegaba a través de aquella puerta recién entreabierta. No se dejaría escapar por segunda vez la oportunidad que se le ponía por delante.

Pero se quedó inmovilizado, verdaderamente petrificado, ante el espectáculo que contempló. Un espectáculo que le erizó los cabellos y le revolvió salvajemente las entrañas.

La capa roja estaba allí, y en la mano derecha sujetaba un cuchillo con el que estaba rajando de arriba abajo, una y otra vez, el cuerpo pequeño y enjuto del hombre del macferlán negro.

Ahora no llevaba el macferlán, iba en mangas de camisa, lo que favorecía al afilado y cortante cuchillo, cuya misión parecía ser abrir en canal aquel cuerpo.

El hombre pequeño y enjuto del macferlán negro, era ya un coladero de sangre.

Pero no había muerto aún.

Quizá el cuchillo malévolo y enloquecido no buscaba su muerte súbita y precipitada.

Aún vivía.

Y agrandaban sus ojos, casi sacándolos de sus cuencas, habiendo perdido la razón en su horrendo pavor.

Y el cuchillo seguía adelante… Tal vez celoso de la sierra que permanecía allí, cerca del cuadro, cerca del ramo de flores frescas.

Warren dio un nuevo paso hacia adelante, saliendo de su inmovilidad. En realidad, sólo había permanecido quieto durante brevísimos instantes, que se le habían antojado, eso sí, interminables.

Este nuevo paso, hizo que la capa roja se percatara de su presencia, y para zanjar de una vez la cuestión del hombre pequeño

y enjuto, alzó el brazo violentamente y le clavó el cuchillo en pleno corazón.

* * *

Un estertor agónico había salido de los labios de la víctima, mientras la capa roja, en un movimiento rapidísimo, había entornado la puerta que hasta entonces permaneciera entreabierta.

Quedaron casi a oscuras.

Por lo que Warren, cuando se volvió hacia él, no pudo ver qué rostro ocultaba la capucha.

Sólo pudo cerciorarse que se le abalanzaba de un modo fiero, incontrolado, cegado por un furor que rayaba en lo demencial.

En la diestra seguía sujetando el cuchillo, que chorreaba sangre por todas partes.

Sintió náuseas. Lo que no le impidió defenderse con la presteza que requería la situación, sumamente comprometida y peliaguda. Por no decir harto, peligrosa.

Pero Warren no conocía bien aquel sótano, así que ignoraba que junto a la pared en que fueron a parar en aquel inicial forcejeo, había un hierro que descendía violentamente al ser accionada una palanca. Un hierro que cayó contundente sobre su cabeza.

Todo se puso a dar vueltas a su alrededor. Quedó tambaleándose como un borracho. Pero, aun así, resistiéndose a caer desplomado al suelo. Sabía que hacerlo equivalía a quedar a merced de su loco y criminal adversario.

La capa roja debió comprender que aquel golpe no había bastado para dejarle fuera de combate y que aún podía darle mucho trabajo, así que, no queriendo que la osadía pudiera perderle, optó por retirarse a tiempo.

Corrió hacia la puerta y huyó a través de ella. Luego cerró herméticamente por el otro lado.

Warren pudo constatarlo así, cuando, dando unos traspiés, logró llegar hasta allí.

Capítulo VIII

Volvió a su habitación por el pasadizo.

Una vez allí, lo primero que hizo fue poner agua en la jofaina y refrescarse el rostro y la nuca. Luego, más recuperado, pensó que ya no podía hacer otra cosa que ir a buscar al comisario Engles. A él le correspondía intervenir.

Pero Warren no pudo evitar el reflexionar por sí mismo. La muerte del hombre pequeño y enjuto, del macferlán negro, que en la diligencia dijo llamarse, ¿cómo dijo?, no lo recordaba ahora, ¡ah, sí!, Robert Landd: su muerte no encajaba en la maldición de la bruja Raquel. Parecía ser algo aparte. Algo al margen de todo aquel estremecedor maleficio.

¿O acaso había sido uno más a amar a la hija menor del señor y la señora Pronsson y uno más, en consecuencia, a pagar por su amor el precio más alto? Los que la amaban morían…

No, no podía admitirse la tesis así por las buenas, porque aquel hombrecillo insignificante daba la sensación, qué duda cabe, de estar enteramente al margen de impetuosos amores. Además, ¿no morían descuartizados por la sierra…? ¿Por qué, en esta ocasión, el cuchillo…?

Por otra parte, existía el diálogo que Warren sorprendió, cuyo significado podía tener mucho de revelador: «O cobro lo estipulado, o me veré precisado…».

Por lo tanto, había forzosamente que pensar en otro hecho, en otra circunstancia, que diera significado a lo que aparentemente no tenía explicación razonable.

En fin, ¿a qué darle más vueltas al asunto? Ya se las daría el comisario Engles, que eso era lo suyo.

Sin embargo, Warren se detuvo al tener la mano puesta en el pomo de la puerta. Había oído un grito. Un grito angustioso, sofocado. Y había reconocido la voz de Pamela Benn.

Recuperó en el acto la acción, abriendo la puerta con rapidez y precipitándose al pasillo.

Allí estaba la muchacha, con una bata puesta sobre el camisón de dormir, pálida como un ser del otro mundo. Con la mirada aterrada, enloquecida. Con la garganta inundada de sollozos.

—¡La capa roja! —gimió, pero de un modo tan confuso y entrecortado que sus palabras resultaron inteligibles—. ¡Le ha caído al subir la escalera! ¡Está manchada de sangre por todas partes…!

Presa de un miedo sin límites, la muchacha había corrido hacia Warren, buscando el amparo de sus fuertes brazos y la anchura protectora de su pecho.

Warren no se perdió la deliciosa oportunidad, pero comprendiendo que estaba en danza algo más importante que tener cerca a una bonita muchacha, inquirió:

—¿Qué ha dicho, señorita Benn? No la he entendido.

—Mire, señor Dean —le llevó hacia la escalera, en uno de cuyos peldaños reposaba tétricamente la prenda maldita.

La noche era oscura, cerrada, Pero bastaba con la claridad que llegaba de las habitaciones de ellos dos. Sí, allí estaba la capa roja, llena de sangre, quizá aún caliente…

—¿Ha reparado en la persona que…?

—No, no —repuso ella, y luego le explicó—. No tenía sueño, estaba despierta, y me ha parecido oír unos ruidos raros, y he salido a ver si pasaba algo. Pero al acordarme de los últimos sucesos acaecidos por aquí, me he asustado y he retrocedido instintivamente. Al poco he oído unas pisadas que subían la escalera… No me he atrevido a sacar la cabeza… Sólo después he visto la capa roja… Entonces he gritado. ¡No he podido evitarlo!

—Cálmese, ahora estoy yo aquí a su lado.

—Pero esta noche, aquí sólo estamos el hombre que vino con nosotros en la diligencia, el señor y la señora Pronsson, Silvia, Raquel, y usted y yo… —Su voz sonaba ronca, contenida, llena de pavor.

—Ya había pensado en eso.

—Entonces, ¿eso significa que…?

No terminó de decir lo que a su juicio significaba. Había aparecido la posadera, bostezando de sueño.

—¿Qué voces son éstas? —protestó.

—Disculpe, señora Pronsson —dijo Warren—. No ha sido nuestra intención molestarla. Pero mejor así…

—¿Se puede saber lo que pasa? —El señor Pronsson había aparecido a su vez en el pasillo—. ¡Éstas no son horas de alborotar!

La tercera en aparecer fue Silvia.

La última Raquel.

—¿Qué sucede…? —preguntó ésta.

Lo que había sucedido en la posada, Warren lo sabía de sobras. No en vano había sido testigo de los últimos acontecimientos.

Pero Warren ignoraba aún lo acaecido un rato antes…

* * *

El conde Mesley llegó puntualmente al lugar de la cita.

Un lugar del bosque, donde cruzaba el pequeño río susurrando no se sabía qué extraños y tenebrosos misterios.

El crepúsculo se había alargado, pero en aquellos momentos, de pronto, caía la noche. Caía sobre los árboles, haciendo más oscuro, tupido e inquietante el follaje.

El conde Mesley miró a su alrededor, buscando a Raquel, pero no viendo más que troncos y más troncos de árboles, algunos de ellos alineados como si de ordenada tropa de tratara.

Al poco, empequeñeció los ojos, para agudizar la visión, al detener su atención en lo que supuso un tronco más y ahora le parecía otra cosa. No lo veía bien.

Sufrió una sacudida. Y tras ésta, otra aún más intensa. Sentía mucho, miedo.

¿Cómo había sido capaz de llegar hasta allí? ¿Tan loco estaba por aquella mujer?

Sí, efectivamente, debía estarlo. Lo peor era que podía pagarlo muy caro, con esa moneda sin cambio que es la propia vida.

Otra sacudida le agitó.

Aquella sombra, lo que se estaba temiendo, no era un tronco más de los muchos que le rodeaban. Aquella sombra tenía color, un vivo e hiriente color rojo… ¡Aquella sombra era una capa…!

Quiso huir rápidamente. Antes de que fuera tarde. Pero la capa se deslizó hacia él, cerrándole el paso, y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, alzó una gruesa rama y le dio con fuerza en la cabeza.

Y volvió a darle. Y otra vez. Y otra… Hasta que, ante la brutalidad de la acometida, notara que se tambaleaba.

Apenas perdió la noción de la realidad durante unos brevísimos infantes. Pero a pesar de eso, al volver en sí se encontró maniatado.

Esos instantes fueron suficientes para su enemigo. Pero el conde Mesley aún no había visto el rostro que escondía la capucha de color rojo. Por eso lo buscó con mirada ávida, ansiosa, y al mismo tiempo amorosa. Pese a todo, amorosa.

—Raquel… Raquel… —Murmuraba.

—Aquí está tu Raquel —respondió la voz.

Era lo único que iba a decirle.

¿A qué hablar, cuando su pretensión estaba tan clara? Hubiera sido perder el tiempo del modo más lamentable.

De todos modos, aquel silencio no pudo resultar más pavoroso.

Había salido a escena la sierra… Su acero brillaba, pese a la escasa claridad que descendía del cielo. Sobre todo brillaban sus dientes agudos y triscados… Dientes que parecían recién afilados…

Al poco, habían de empezar a oírse los gritos del joven conde Mesley.

Unos gritos que, como los que años atrás profirió su abuelo, tenían mucho de alaridos.

Alaridos desgarradores, desesperados.

Alaridos aterradores…

Alaridos espeluznantes…

Y el final, el mismo. Análogo.

Un cuerpo descuartizado, entre un horrible y estremecedor charco de sangre.

CAPÍTULO IX

—¿Qué sucede…? —había preguntado Raquel a los allí reunidos.

Al señor y la señora Pronsson, a Silvia, a Pamela Benn y a Warren Dean.

Pero ninguno le respondió.

A guisa de respuesta, empero, sonaron unos golpes enérgicos en la puerta de entrada.

Cuando ésta fue abierta, apareció el comisario Engles. Iba acompañado de varios agentes.

—¿A qué se debe su visita a tales horas…? —quiso saber la posadera.

—Me alegro de su presencia, comisario —intervino Warren—. Han sucedido más cosas de las que se imagina…

Y sin esperar a más, Warren le puso al corriente de la existencia del pasadizo, del hallazgo del cuadro, de la tétrica presencia de la sierra y de la muerte del hombre pequeño y enjuto.

De todo lo cual, el comisario Engles no tardó en cerciorarse personalmente.

Sin embargo, todavía no había despegado los labios.

Por lo visto, antes de proceder quería asegurarse bien. Lo mejor posible.

Finalmente habló:

—Queda usted detenida, Raquel, acusada, de varias muertes, incluida la del conde Mesley…

Raquel dio un paso atrás. Se había puesto lívida.

—¿Ha muerto? ¡Oh, no!

—Sí —ratificó—. La suponía «sobradamente» enterada.

—Bromea sin duda, comisario.

—En absoluto —aseguró éste. Y añadió, mostrando un papel—: ¿Ve esta carta? Es del conde Mesley, me la escribió antes de acudir a la cita que tenía con usted en el bosque. Le leeré la última estrofa:

«Si en la cita encuentro la muerte, quiero que sepa que Raquel es mi asesina…».

—¡No! ¡No! —Exclamó Raquel—. ¡Yo no he sido!

—¿Niega —interrogó el comisario Engles—, haber dado al conde Mesley esa cita a la que el propio interesado alude en este escrito?

—No lo niego… —dijo Raquel—. Le di esa cita, allá afuera, junto al pozo. Pero no he acudido… Le juro, comisario, que no he acudido…

—¿Me quiere hacer creer —ironizó— que le citó a medianoche, en un lugar apartado del bosque, sólo para darse el gusto de no acudir…?

—Elegí esa hora y ese lugar —se defendió Raquel— para probar su amor hacia mí. Últimamente, muchos me han mirado con malos ojos, suponiéndome descendiente de aquella bruja que tenía mi mismo nombre… Si era cierto que me amaba, debía demostrarme que no era uno más a creer semejante cosa… Debía tener confianza en mí… Me veía incapaz de ser la esposa de un hombre que me creyera una bruja…

—Entonces, si el conde Mesley se avino a sus deseos, si le demostró esa confianza que deseaba, ¿por qué no acudió? Creo que se está contradiciendo.

—No sé por qué no acudí —Raquel sacudió la cabeza, en gesto de profundo aturdimiento—. Hace tiempo que no sé exactamente lo que deseo… Me siento nerviosa, agitada… Parece como si dentro de mí una fuerza superior excitase y desorbitase mis pensamientos, mis anhelos… Creía que mi máximo afán era casarme con un hombre de la fortuna y de la posición del conde Mesley, pero en cuanto he conseguido que claudicara, he sentido desilusión, hastío… Por eso no he acudido…

—¡Pero ha muerto descuartizado! —Barbotó el comisario—. Descuartizado por una sierra, lo cual resulta muy revelador, muy significativo, ¿no le parece? ¿Y qué me dice del cuadro…? Después de verlo, comprenda que ya no me quedan muchas dudas respecto a su identidad…

—Ignoraba la existencia de ese cuadro, de esa sierra, de esas flores… Por lo demás, esas pruebas no son concluyentes, comisario…

—Más no pueden serlo, Acepte los hechos, Raquel, y dese por

detenida.

—Aquí todos me odian —dijo Raquel, y fulguraban sus ojos mientras miraba a su familia—. En la mirada de los tres leo satisfacción cada vez que algo me sale mal. Busque e investigue a mi alrededor, comisario.

—No hables así —dijo la señora Pronsson— no nos lo merecemos. Defiéndete de las acusaciones que te hacen, pero no arremetas contra nosotros.

—¿Qué culpa tenemos nosotros —intervino Silvia, y en ella había un odio mal contenido y un placer que se resarcía de todo lo pasado—, si verdaderamente eres la descendiente de aquella bruja?

—¡Cállate! —Exclamó Raquel—. ¡Yo no soy descendiente de ninguna bruja! ¡No estoy dispuesta a consentir que lo digas!

—No te pelees con Silvia —repuso el posadero, el señor Pronsson— y hazte cargo, Raquel, estás en un grave aprieto. Debes justificarte y explicar debidamente… Yo no te creo culpable, claro que no… A pesar de todo, no… Pero has de demostrarlo…

—¿Cómo voy a demostrarlo, si todo está en contra mía? —Hizo un gesto de rebeldía—. Esto es una red de araña, que alguien ha tendido para perderme…

—Es gracioso —dijo el comisario—, que a éstos extremos adopte la actitud de víctima. ¿No ve que es una postura absurda?

Pero había algo en los ojos extraños de Raquel, que hizo que, quieras que no, el comisario terminara la frase sin convicción en sus propias palabras. ¿Acaso se estaba equivocando? ¿Tal vez estaba cometiendo el mayor error de su vida profesional?

—Puede demostrar que no es culpable —dijo Warren, interviniendo por primera vez—. Le basta para ello, Raquel, buscar una historia que encaje verdaderamente con los hechos…

—No sé inventar historia —replicó ella.

—Puedo ayudarle yo —repuso Warren, y dejó de mirar a la bella muchacha para mirar al comisario Engles, esperando recibir su aprobación. Pues, en definitiva, se trataba de desenmascarar al verdadero culpable.

Que ya no estaban seguros, ni el uno ni el otro, de que fuera Raquel.

—Hable, señor Dean —le animó el comisario.

* * *

—Imaginemos —empezó a decir Warren— que alguien ama en secreto a Raquel, de un modo desquiciado y enloquecido… Alguien que sabe que no puede ser correspondido y que, en consecuencia, sabe que no puede esperar nada… Alguien que, por lo demás, no se resigna a que vaya a parar a los brazos de otro hombre. Lo que a la larga no podrá conseguir, lo sabe… Por lo que lleno de impotencia, su desorbitado amor, su arrebatada pasión, se convierte en un odio a muerte… Así, pues, decide forjar un tinglado que, antes o después, conduzca a Raquel a la horca… No digamos a la hoguera, porque los tiempos de las verdaderas brujas ya pasaron… Pero ¿qué tinglado puede ser ése…? Se le ocurre cuando casualmente descubre que, desde una de las habitaciones, existe un pasadizo que llega hasta el sótano de la posada.

Warren se detuvo.

El señor Pronsson se había puesto muy pálido.

—Imaginemos —prosiguió Warren—, que ese hombre completa su idea cuando cierto día llega en la diligencia un cliente, un pintor bastante conocido. Pongamos que éste se llama Robert Landd, aunque para el caso, es lo mismo un nombre que otro. A él se dirige sin pensárselo más, encargándole el cuadro de Raquel. Un cuadro que tendrá que hacer sin modelo, o mejor dicho, de memoria, limitándose a mirar a la muchacha mientras le sirve el desayuno o la cena, o mientras la ve ir de aquí para allá… Además, le hará el cuadro vestida como él le diga, con una blusa blanca con flores bordadas en rojo…

Warren se interrumpió de nuevo.

El posadero ya no estaba pálido. Se había puesto realmente lívido.

—Imaginemos de nuevo —continuó diciendo Warren, muy sereno, muy calmoso—, que el cuadro queda hecho, pero el artista no puede cobrar. Sólo una pequeña parte, el resto se lo pagarán en tres o cuatro veces. Por eso el artista viene por aquí: a menudo. Pero sabe, o presiente, que está contribuyendo a un afán deshonesto, siniestro, malévolo, de ello que ese artista, al que hemos puesto el nombre de Robert Landd, venga por aquí siempre con cierto miedo… No ignora la leyenda de la bruja Raquel…

Una nueva interrupción por parte de Warren.

Por parte del posadero, una terrible oleada de sangre subida al

rostro.

—Imaginemos una vez más —dijo Warren—, que ése hombre que mezcla a su amor tan monstruoso odio, suele ofrecer la mejor habitación de la posada al enamorado de turno de Raquel… A medianoche, o antes, le despierta un ruido Se levanta del lecho y ve que existe un pasadizo… Lleno de curiosidad lo sigue, y va a parar al cuadro de Raquel, donde está la capa roja, la sierra… Cree haber descubierto algo horrible, porque no duda que aquel cuadro es el de la bruja Raquel… Todos los habitantes de Mesley se hallaban obsesionados con esa maldición, que pesa sobre todos a pesar de los muchos años que han transcurrido… En definitiva, se asusta terriblemente y huye de la mujer que sólo puede ser su perdición… De ahí que Raquel pierda, de un modo, incomprensible, tan apasionados y fervientes admiradores. Pero éstos la han amado, quizá aún la aman, y callan Io que han visto. Sin embargo, otros no se resignan a renunciar a Raquel, ni a pesar de lo que han descubierto… En tal caso, el hombre que se esconde cobardemente en el anonimato, les mata… Y les mata regocijándose en su propia maldad, alargando hasta lo inconcebible la agonía de sus víctimas, descubriendo que tiene alma y espíritu de refinado y monstruoso asesino… Sí, ha descubierto que es un sádico asesino y que el placer de matar le hace sentirse cada vez más feliz… Utiliza la sierra, sí… Porque sabe que de éste modo va conduciendo poco a poco a Raquel hacia esa horca en la que ansía verla colgando. Sólo entonces respirará aliviado… Y sí, llegara ese momento, está seguro… Uno u otro de sus enamorados, ante los sangrientos hechos, no tardará en hablar… No tardará en decir a la policía lo que sabe.

Warren se detuvo otra vez.

Pero en esta ocasión no había de proseguir con aquélla, al parecer, improvisada narración.

* * *

El posadero, viéndose desenmascarado por aquel joven recién llegado de la ciudad, perdió los estribos, perdió por completo el dominio de sus nervios, y explotó.

—¡Sí, todo eso es cierto! ¡Totalmente cierto! ¡No lo niego! ¡No tengo por qué negarlo! ¡No estoy arrepentido! ¡Volvería a hacerlo!

La posadera era la que ahora estaba pálida, lívida, como un cadáver más.

Silvia no se diferenciaba mucho de su madre.

En cuanto a Raquel, miraba a aquel hombre con odio. Un odio que parecía ser la respuesta del que ella a su vez inspiraba. Sí, odiaba a aquel hombre que falsamente se las había dado de padre, y no por lo que ahora acababa de enterarse. En realidad, desde hacía tiempo sentía ese sentimiento hacia él. No había podido evitarlo.

—¡No estoy arrepentido! ¡Volvería a hacerlo! —volvió a exclamar—. La hermosura de Raquel me hace hervir las venas, me abrasa, me vuelve loco… Cada vez que la comparo con mi mujer, tan marchita, tan arrugada, tan carente de encantos…

—Yo asentía a todo, te obedecía siempre —sollozó la posadera —. Era como creía que tú querías que yo fuera… Incluso hacía ver que me gustaba este negocio, cuando lo he aborrecido siempre… Aquí, trabajando como una bestia, he perdido los mejores años de mi vida…

—Lo único bueno que has tenido para mí —dijo el posadero, despreciativo—, ha sido tu manera de dormir… Un sueño hondo, profundo. Ha sido fácil dejar el lecho, cometer un crimen y regresar sin que te dieras cuenta de nada.

—Se las ha dado de listo, señor Pronsson —repuso Warren—, pero ha fallado lamentablemente en un pormenor. Yo en cierta ocasión fui a una exposición de cuadros, bastante estimable por cierto, y allí conocí a Robert Landd. Luego volví a verle en la diligencia, pero no le reconocía. Ha sido más tarde, bastante más tarde, cuando he caído en la cuenta de quién era… Pero no es por eso que le haya descubierto a usted, señor Pronsson, aunque la circunstancia haya contribuido a ello, por descontado que sí. Pero lo referente al cuadro…

—¿Qué pasa con el cuadro? —inquirió el posadero—, ¡mi idea fue magnífica!

—Un cuadro pintado hace sesenta y tantos años, no presentaría ese aspecto. La humedad del sótano lo ha deteriorado bastante, lo admito, pero no lo suficiente. La humedad que hace allí, durante tantos años, tenía forzosamente que haber destrozado el lienzo… Por lo menos en su mayor parte… Se deduce al acto, pues, que el cuadro es actual…

—Muy inteligente —ironizó el posadero.

—Lo suficiente —hizo constar Warren—, para sospechar seriamente de usted. Lo que ya era dar un buen paso hacia adelante.

—En mala hora llegó usted aquí —masculló el señor Pronsson, con rabia—, ¡a todos les tenía engañados! ¡A todos! ¿Recuerda, comisario Engles, que le hice creer que la capa roja me había perseguido, blandiendo la sierra en su diestra…? ¡Cómo le despisté a usted y a los demás! Pero finalmente he caído en la trampa, sí… Bueno, no me acobardo… Y reconozco mis culpas… Que hubieran sido menos, si los hombres no hubieran amado tanto a Raquel… Pero alguno, como Peter, aquel joven alto y delgado, siguió amándola aún después de ver el cuadro, la capa y la sierra… De momento la menospreció, la rechazó, se enfadaron, pero regresó por ella… Por eso tuve que matarle. Lo mismo hubiera hecho con Bill, el carpintero… Sabía por Peter lo que existía en el sótano y aun así persistía en su empeño… Le quité la sierra de su carpintería, un día que Raquel estuvo a verle… Para que sospechara más y más de ella… Pero no, ni aun así la dejó a un lado… Sí, también a él le hubiera matado… En cuanto al conde Mesley, le maté porque estaba escondido tras el pozo y pude oír la cita que Raquel le daba… Era otro de los admiradores difíciles de desilusionar… Pensé que era mejor sacármelo de encima… El único que en tal sentido no estaba en la lista, era el pintor… Pero me exigía el dinero prometido, y aunque aquí el negocio no iba mal del todo, no podía ciertamente pagarle una cifra tan elevada… Me amenazaba con hablar, y tenía que impedirlo… Utilicé el cuchillo, dejando inmóvil la sierra, porque no consideré prudente cargar a Raquel ese nuevo crimen. El pintor no tenía planta de enamorado y tal circunstancia podía dar que pensar demasiado al comisario… Y yo, ante todo, lo que perseguía era perder y condenar a la mujer que nunca había de ser mía…

CAPÍTULO X

Toda aquella horrenda y demencial pesadilla había quedado atrás, definitivamente atrás. Como una mala nube que el viento se había llevado ya para siempre.

Warren Dean ya no estaba en la posada. Posiblemente no volvería ya nunca por allí.

Por eso no quiso dejar a Pamela en aquel lugar.

—Regrese conmigo en la diligencia —le dijo—. Se lo suplico encarecidamente…

La muchacha no se hizo de rogar. Vio en los ojos de aquel hombre que sus intenciones no podían ser más rectas y nobles.

—Sí, creo que es lo mejor que puedo hacer —asintió.

Raquel vio cómo se alejaban. Pensó que formaban una magnífica pareja.

Después, cuando ya la diligencia se había perdido a lo lejos de la carretera, entre aquellos terrenos inhóspitos, Raquel se dijo que ella debía hacer lo mismo, marcharse lejos, muy lejos, donde le resultara fácil olvidar todo lo sucedido.

Ahora podía hacerlo. Nadie le mandaba. Nadie le exigía nada. Era dueña absoluta de su voluntad.

Pero, estremeciéndose, Raquel se dio cuenta una vez más de que en realidad ella no sabía lo que quería.

Como le había confesado al comisario Engles, dentro de ella existía una fuerza superior que excitaba y desordenaba sus pensamientos, sus anhelos…

Y esa sensación era ahora más fuerte e incisiva que nunca. Tanto, que ahora resultaba hiriente, casi sangrienta.

Hubiera seguido más rato absorta en sus pensamientos. Posiblemente sí.

Pero vio que se acercaba Bill y consideró que era preferible que dejaran una posible conversación para más adelante.

Se alejó, pues, del pozo y de la carretera. Se alejó de donde podía ser vista.

Se metió en la posada.

Y se dirigió, de un modo maquinal, hacia el sótano. Donde aún permanecía el cuadro que pintara Robert Landd.

Una vez allí, se miró detenidamente a sí misma. Y sin saber exactamente por qué, sintió miedo de su propia persona. Un miedo horrible.

Como si en aquel cuadro, en aquel lienzo, hubiera ciertamente algo funesto, malévolo e infernal.

Pero ¿qué podía haber, si aquel cuadro sólo era la obra de quién obedeció órdenes de un hombre desquiciado por la más terrible de las maldades y por los más perversos instintos?

Raquel se giró, rápida.

Había oído un ruido.

* * *

Y al volverse, vio que un par de ladrillos, de una de las paredes, se habían desencajado de su correspondiente lugar.

No le sorprendió, pues allí era todo muy viejo. Parecía todo a punto de desmoronarse.

Se acercó a esa pared. Pero en lugar de acoplar mejor los ladrillos, le dio por desencajarlos de su sitio.

Como si esperara dar con algo al otro lado.

Dio con ello.

Un vacío.

—Qué extraño… —murmuró Raquel.

Quitó más ladrillos. Era una tarea sencilla. Por descontado que sí. Estaban ya medio sueltos.

Al poco, Raquel traspasaba aquel tabique. Porque sólo era eso, un simple tabique.

Entró allí dentro. Era aquél un espacio reducido.

De pronto, Raquel sufrió una sacudida tremenda.

Allí había un cuadro deteriorado, una sierra enmohecida y una capa roja, hecha jirones.

El cuadro estaba casi totalmente deteriorado, sí, pero aún se veía bastante bien el rostro de la bella muchacha que había sido pintada. Sobre todo se veían bien sus diabólicos ojos…

¡Aquella mujer era ella misma!

¡Exactamente ella misma!

En aquel momento, Raquel comprendió por qué hasta entonces se había desconocido…

Comprendió por qué sus afanes y sus ensueños tenían tanto de enrevesados y complejos.

Comprendió por qué, pese a todo, a ella no le tentaba dejar el condado de Mesley.

Instintivamente se acercó a la sierra y la acarició dulcemente.

Muy dulcemente…

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primera apellido.